

LA GRINGA

FLORENCIO SANCHEZ

L A G R I N G A

FLORENCIO SANCHEZ

ACTO PRIMERO

La chacra de don Nicola

A la derecha fachada exterior de una casa sin revocar, de aspecto si no ruinoso, sucio y desgastado. Una puerta y dos ventanas sin rejas, y sobre éstas, a todo lo largo de la pared, una hilera de casillas —el palomar— bastante pringosas. Junto a la ventana, en primer término, algunos cacharros con plantas cubiertas con lonas, por la helada. A la izquierda, construcción de adobe y paja, un rancho largo con dos puertas. Al foro un gran pozo de balde, de brocal bajo, y un largo abrevadero en comunicación con el pozo por una canaleta, junto al pozo un baldecito manuable con una soga. Perspectiva amplia de terrenos de la labranza, en la que deben notarse los manchones negros de la tierra recién arada. En las paredes del rancho y de la casa, colgados, arreos, sogas, piezas de hierro viejo, bolsas, etc., y por el suelo en desorden, picos, palas, rastrillos, horquillas, una carretilla de mano; trozos de madera, un arado viejo, bancos, cacharros. Junto al rancho, en segundo término un yunque con las herramientas adecuadas. Pleno invierno. Al alzarse el telón, los rayos del sol naciente empiezan a bañar la fachada de la casa.

VICTORIA. — *(Con traje tosco de invierno, gruesos botines y la cabeza envuelta en un rebozo, aparece por la puerta primera izquierda y se detiene en mitad de la escena indecisa, como pensando que olvida algo).* ¡Ah!... *(Vuélvese rápidamente hacia los tarros de plantas y comienza a destaparlos).* ¡Qué helada!... ¡Qué helada!... *(Se sopla los dedos ateridos).*

MARÍA. — *(Desde adentro, lejos).* ¡Oh, Victoria, Victoria!... ¿Es hora ya? ¿Está pronto eso?... *(Tanto esta pregunta como la respuesta deben ser dichas en dialecto piamontés, si es posible).*

VICTORIA. — *(Observando la altura del sol).* Sí; es hora. ¿Pongo la señal, ya?

MARÍA. — ¿Cómo no?

VICTORIA. — *(Toma una bolsa del suelo, la engancha en una horquilla y va a colocarla sobre el brocal del pozo).*

PRÓSPERO. — *(Saliendo con una reja de arado en la mano. Lleva también ropa gruesa, la cara envuelta en un rebozo y los pies retobados con tamangos de cuero de carnero).* ¡A buena hora pone la señal!... ¡Ya vienen llegando los peones del bajo!... Se le pegaron las sábanas... ¿eh?...

VICTORIA. — ¡Mejor!... ¿Y a usted qué le importa?...

PRÓSPERO. — ¿A mí?... Nada... Si usted anduviera trabajando desde las dos de la madrugada y con esta helada... *(Deteniéndola).* Buenos días, pues... Salude a los pobres... ¿Qué tal pasó la noche?...

VICTORIA. — *(Hace una mueca y huye gambeteando un manotón audaz que le tira Próspero. Cuando se ha alejado bastante se vuelve para hacerle un palmo de narices y escapar de nuevo, riendo a carcajadas).*

PRÓSPERO. — ¡Ande irá el buey que no are!... *(Va hacia el yunque y se pone a limar la reja).*

MARÍA. — *(Aparece con un balde de leche. Debe conservar marcado acento italiano).* Buen día, Próspero... ¿Tiene mucho que hacer ahora?... Hágame un favor... después, ¿eh?, que tomen el mate, llévеme la vaca negra al potrerito de la alfalfa. *(Próspero*

sigue su tarea). ¡Maldita vaca!... Miren qué porquería de leche... Una gota... Ni vale el trabajo de ordeñarla... Y eso que todas las tardes le doy la ración... ¡Victoria!... ¿Has preparado el café para el viejo y los chiquilines?...

VICTORIA. — *(Con cuatro o cinco escudillas de hojalata y cucharas en una mano y un atado de galleta dura en la otra).* ¡No puedo hacer todo a la vez, mamá!... Allí tiene las cosas prontas... el café... el agua hirviendo...

MARÍA. — ¡Haragana!... Yo te lo decía esta mañana. Levántate... levántate... Y vos, nada. ¡Si no durmieras tanto, te sobraría el tiempo!... ¡Se lo voy a contar a tu padre! ¡Desde que viniste del Rosario te has vuelto muy señorona...

VICTORIA. — *(Se pone a tararear).*

MARÍA. — ¡Sinvergüenza!... Prepara eso y tírame un balde de agua. ¡En seguida!... *(Toma el balde de leche y vase izquierda rezongando).*

PRÓSPERO. — *(Bribón).* ¡Jo, jo, jo!... *(De espaldas a Victoria, golpea sobre el yunque como si trabajara y cantando alguna tonada conocida).* ¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Me alegro mucho!...

VICTORIA. — ¡Zonzo!... *(Coloca en orden sobre un banco los platos, cucharas y galletas).*

PRÓSPERO. — *(Volviéndose).* ¿Habla conmigo?...

VICTORIA. — ¡No sé!...

PRÓSPERO. — Anda mal el tiempo, ¿verdad?

VICTORIA. — *(Mimosa).* Ahora, por eso mismo, no le doy una cosa que le traía para usted...

PRÓSPERO. — *(Interesado, yendo hacia ella).* ¿Qué?... ¿A ver?...

VICTORIA. — *(Ocultando algo en la espalda).* ¿Eh? Ansioso.

PRÓSPERO. — ¡No sea mala!... ¡Muestre! *(Intenta tomarle el brazo).*

VICTORIA. — ¡Salga!... ¡Atrevido!...

PRÓSPERO. — ¡Mire que se lo quito!

VICTORIA. — *(Alejándose).* ¡Vea!... ¡Pan, pan fresquito!...

MARÍA. — *(Desde adentro).* ¡Muchacha!... ¿Me traes el agua?...

VICTORIA. — *(Dejando el pan sobre el banco).* ¡Voy!... agárrelo, si lo quiere, pero... yo no se lo he dado... *(Va al pozo y echa el balde).*

PRÓSPERO. — *(Toma el pan, lo divide en dos pedazos, que guarda en los bolsillos, y volviéndose a Victoria).* ¡Espere!... ¡Voy a ayudarle!...

VICTORIA. — No preciso.

PRÓSPERO. — *(Con fingida autoridad).* ¡Qué no preciso, ni no preciso!... ¡Salga de ahí!... ¡Qué se ha pensado! ¡Chiquilina desobediente!... *(Intenta quitarle la soga).*

VICTORIA. — Déjeme, le digo. Déjeme... ¡No quiero!...

PRÓSPERO. — Bueno... Entonces entre los dos ... ¡Vamos a ver!... ¡Así!... ¡U... upa!... ¡Cómo pesa!... ¡Tire usted, pues!...

VICTORIA. — *(Temerosa, se aleja un tanto, conservando entre las manos una braza de soga, mientras Próspero recoge el balde).*

PRÓSPERO. — *(Después de una pausa).* ¡Diablo!... ¡Si había estado vacío!...

VICTORIA. — ¡Mentira!...

PRÓSPERO. — ¡Mire!

VICTORIA. — *(Se inclina para mirar y Próspero aprovecha el momento para estamparle un ruidoso beso).*

VICTORIA. — ¡Atrevido!... *(Le pega en la espalda un sogazo. El balde cae al pozo de nuevo).*

PRÓSPERO. — *(Regocijado).* ¡Já já!... ¡Cómo me duele!...

VICTORIA. — ¡Ah! ¡Sí! ¡Tome!... Vea lo que hago... *(Se limpia la cara con la manga).*

PRÓSPERO. — ¡Hum! ¡Cualquier día se le borra!... *(Toma la reja y vase derecha. Victoria extrae de nuevo el balde. Oye fuera voces diversas y chirridos metálicos. Los trabajadores van llegando, con arados, a tomar el desayuno. Victoria vuelca el agua en otro cubo y rápidamente lo lleva a María).*

VICTORIA. — *(Antes de hacer mutis).* Mamá. ¡Ya han venido!...

NICOLA. — Sí. ¡Natural! ¡Natural!... Los animales no sienten, ¿eh?

PEÓN 1º — Vea, don Nicola. Le digo que esa yegua es muy mañera. Esta madrugada, cuando la até, casi me rompe un balancín, a patadas...

NICOLA. — *(Sacándose los gruesos guantes verdes).* Má, por eso no se la castiga, ¿me entiende? ¿Se ha pensado que las yeguas son hombres?... y que comprenden las cosas cuando les pegan.

PEÓN 1º — No; pero...

NICOLA. — Basta. No se hable más... *(Van saliendo lentamente los otros peones, con indumentaria parecida a la de Próspero. Algunos con arreos y herramientas en las manos, que arrojan al suelo, en cualquier parte. Nicola se sienta sobre un tarugo o banco, saca una pipa, la llena, la enciende pausadamente y comienza a desatarse los tamangos; después aparece Victoria con una olla hirviente de mate cocido y se pone a llenar las escudillas. Los peones la van tomando uno por uno, con la ración de galleta, y se esparcen por el patio, sentándose en el suelo a hacer sopas y tomar el desayuno. Pausa prolongada, cuya duración puede depender de la buena disposición escénica).*

NICOLA. — Diga, Ramón. ¿Va bien la reja en la melga del Alto Grande?...

PEÓN 2º — No, señor don Nicola. Creo que debíamos dejar ese pedazo hasta que llueva. Aquello es romper arados y matar animales al ñudo. Ta muy seca la tierra.

NICOLA. — Bueno. Andate ahora al rastrojo de la punta del alfalfar... Irá mejor... ¡Victoria! Traeme las botas... y decile a Luiggín que me ate el tordillo viejo en el birloche. Voy al pueblo. ¿No ha venido Luiggín? ¿Dónde está ese muchacho?... *(Victoria entra por la puerta derecha y regresa en seguida con las botas).*

MARÍA. — *(Asombrada).* ¡Oh!... ¿Vienen o no vienen a tomar el café?... ¡Qué se han creído!... Hace una hora que está pronto.

NICOLA. — Esperate un poco... caramba... *(Se pone las botas).*

VICTORIA. — ¿Quiere el otro saco?...

NICOLA. — ¿Y cómo no?... *(Victoria váse de nuevo).*

LUIGGÍN. — *(Aparece saltando, con una liebre en la mano. Al ver a Nicola trata de ocultarla).* Buen día.

NICOLA. — ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?...

LUIGGÍN. — Nada... Una liebre...

NICOLA. — ¡Ah, canalla! Has andado cansando la yegua, ¿eh?

LUIGGÍN. — ¡Mentira!

NICOLA. — ¿Cómo?

LUIGGÍN. — Digo, no, señor. La agarraron los perros. Yo no la corrí... Iba por el alfalfar y...

NICOLA. — *(Amenazador).* Los perros, ¿no?... Los perros... Con que...

LUIGGÍN. — Este... ¡Ah, tata! Del potrero del alfalfar falta un buey...

NICOLA. — *(Reaccionando).* ¿Cómo?... ¿Cómo?...

LUIGGÍN. — Un buey. El buey blanco. Pa mí que se ha pasado al potrero de don Cantalicio.

NICOLA. — ¿Pasado?... ¡Hum!... Pasado o robado...

PRÓSPERO. — *(Incorporándose).* Oiga, don Nicola... Mi padre no es ningún ladrón para que hable así... ¿sabe?

NICOLA. — Yo no digo que él lo haya robado... Podría ser otro...

PRÓSPERO. — *(Sentándose)* ¡Hum!... ¡Está bien!...

MARÍA. — *(Asomándose otra vez).* ¿Pero no vienen a tomar el café? Yo no tengo la culpa si está frío... Diablo con la gente ésta... ¿Se han pensado que estamos en la fonda?...

NICOLA. — Esperate... *(Victoria aparece con un saco de pana. Nicola se saca el puesto y el rebozo de la cara y se cambia. Mientras, sale Rosina, chica de 10 ó 12 años, ocultando la mano izquierda, y se acerca a uno de los peones, pidiéndole algo. El peón le da una navaja y la chica va a sentarse en el suelo, en primer término. Entonces muestra la mano ensangrentada, sobre la que hurga con la punta del cuchillo).*

VICTORIA. — Bueno, vamos a tomar el café, que mama está enojada... Vení, Luiggín... Pasá... *(Mutis de Nicola y Luiggín).* ¿Y Rosina?... *(Llamando).* ¡Rosina!...

ROSINA. — ¡Aquí estoy!... Esperate un poco...

VICTORIA. — *¿Qué hacés? (Se aproxima a la chica y al ver la sangre da un grito).* Muchacha... ¡Qué te has hecho!... ¡Dios mío!...

ROSINA. — Nada... Una astilla. En la mancera del arado, al hacer así... Me la clavé.

VICTORIA. — ¡Oh!... ¡Qué barbaridad!... ¡Virgen Santísima!
NICOLA. — *(Reapareciendo).* ¿Qué pasa? ¿Qué gritos son esos?...
VICTORIA. — Esta pobre chica... Dios santo.
NICOLA. — *(Alarmado).* ¡Cosa!... ¡Cosa!... *(Examina la mano de la chica y con gesto displicente).* ¡Bah!... Sonserías... ¡No es nada!... Sonserías... ¡Vení a tomar el café!...
ROSINA. — ¡Eso digo yo! Una pavada... *(Se pasa la lengua sobre la herida y hace mutis con Nicola y Victoria).*
PEÓN 1º — ¡Pcha! Gringos desalmaos... Podridos en plata y haciendo trabajar a esas pobres criaturitas...
PEÓN 2º — Por eso tienen plata, pues...
PEÓN 1º — Natural... ¡Miren esa chiquilina!... Dejuro que se ha tajeao una vena... y los padres tan frescos... ¡Había de ser hija mía!...
PEÓN 2º — O mía... Hacer levantar a esas criaturitas de Dios a las dos de la madrugada, con estas heladas, pa que trabajen como piones...
PEÓN 3º — Y trabajan los botijas como hombres grandes. Che, ¿habrá más? *(Va a la olla y se sirve otra escudilla de mate).*
PEÓN 2º — Güeno, son estranjis y se acabó. Está dicho todo.
PRÓSPERO. — *(Alzándose).* Cómo son ustedes de murmuradores... Si fueran dueños de la colonia harían trabajar hasta los gatos... ¡Salgan de ahí!...
PEÓN 1º — Hijito... ¡Yo no!...
PRÓSPERO. — ¡Ah!... Vos... ¡Qué esperanza!... Tus hijos serían diputados y las mujeres modistas, cuando menos... Cállense la boca... Que saben ustedes... búsquenme la última gringuita de éstas y verán qué mujer así les sale... qué compañera pa todo... habituadas al trabajo, hechas al rigor de la vida, capaz de cualquier sacrificio por su hombre o por sus hijos... ¡Amalaya nos fuéramos juntando todos los hijos de criollo y de gringo ¡y verían qué cría!...
PEÓN 2º — ¡Oigale!... ¿Y qué hacés vos que no te juntás de una vez con la hija del patrón?...
PRÓSPERO. — Callate la boca...
PEÓN 1º — ¿Te pensás que no te hemos visto prendido con ella en el brocal del pozo?...
PRÓSPERO. — *(Arrimándose amenazador).* Bueno. Si me has visto me has visto... Pero cuidado con la lengua.
PEÓN 2º — No tengás miedo... Vos sabés, hermano, que...
PEÓN 3º — Che, Próspero... Ahí llega uno a caballo que me parece tu tata...
PRÓSPERO. — *(Acudiendo a mirar).* Sí; es él. Apéese, viejo. *(Vase foro derecha).*
(Los peones, con el bocado aún, se alzan, depositan las escudillas sobre el banco y recogiendo sus herramientas, látigos y enseres, acomodándose las ropas, afilando las rejas *(ad libitum)*, desaparecen lentamente en el transcurso de las dos escenas siguientes).
MARÍA. — Me hace el favor, Próspero... ¡Oh!... ¿Se ha ido ya?...
PEÓN 1º — No, señora. Fue a recibir al viejo Cantalicio que ha llegado...
MARÍA. — Bueno. Me hace el favor, ¿eh?, de decirle que no se olvide de llevar la vaca negra al potrerito... que la lleve con el ternero también, ¿eh?... Y que me traiga la otra vaca, esa vaca amarilla, ¿sabe? *(Vase derecha).*
PEÓN 1º — ¡Pierda cuidado! *(A los otros).* ¡Fijate, che! ¡La vaca amarilla!... ¿Por qué no pedirá una vaca violeta? *(Risas).*
PRÓSPERO. — Pase no más, viejo.
CANTALICIO. — Milagro que no hay perros... Estos colonos saben tener la perrada enseñada a morder y garronear criollos. ¡Güen día!... ¿No hay nadie, che?...
PRÓSPERO. — Están tomando el café... Siéntese por ahí. Yo me voy porque tengo mucho que hacer...
CANTALICIO. — No; quedate nomás. Tenemos que hablar un rato. Supongo que no te han de pegar porque demorés un poco...
PRÓSPERO. — Si es muy urgente... Bueno.
VICTORIA. — *(Apareciendo con Rosina, tironeándola).* Venga a curarse esa mano...

ROSINA. — Yo, yo solita quiero sacarme la espina... Si vos lo hacés me duele...

VICTORIA. — Venga a lavarse primero... *(Viendo a Cantalicio).* Buen día... ¿Cómo está?

CANTALICIO. — *(Seco).* Bien, no más.

VICTORIA. — ¿Busca a tata?... Ya viene... Siéntese... *(Le acerca un banco).* Está terminando el viejo... ¡Qué milagro por acá!...

CANTALICIO. — Es verdá; un milagro... ¿Qué le ha pasao a esa criatura?...

ROSINA. — *(Con cierto orgullo).* Vea: me clavé una astilla tremenda en la mano. Aquí; mire...

CANTALICIO. — *(Como distraído).* ¡Tá güeno!... *(Victoria, impaciente, toma por un brazo a la chica y váse derecha).*

PRÓSPERO. — ¿Qué le han hecho, tata, ellos, pa que los trate así?...

CANTALICIO. — A mí... nada. ¿Y yo qué te he hecho a vos pa que me vengas con esas cosas?...

PRÓSPERO. — *(Displicente).* ¡Bah!... ¡Bah!... ¡Bah!... *(Aparte).* Vale más que me vaya...

CANTALICIO. — ¿Qué estás rezongando?...

PRÓSPERO. — Digo, que si volvemos a las andadas... vale más que me vaya al trabajo...

CANTALICIO. — ¡Te he dicho que esperés!... ¡Ahí viene el gringo!...

NICOLA. — *(Con la pipa en la boca).* ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ah!... Buen día... ¿Cómo va don Canta...licio?... Está bien, ¿eh?... *(Le tiende la mano).*

CANTALICIO. — *(Alargando la suya con desgano).* De salud, bien...

NICOLA. — Menos mal. *(Sentencioso).* En este mundo... en este mundo la salud es lo primero. Habiéndola, lo demás es... trabajo... buenos puños...

CANTALICIO. — *(Aparte).* Güenas uñas pa robar...

NICOLA. — *(A Próspero).* ¿Ramón se ha ido ya?... Bueno... ¡Nada!... *(A Cantalicio).* Conque... Hace frío, ¿eh?

CANTALICIO. — ¡Rigular!...

NICOLA. — Una helada de la gran siete... Y el tiempo no piensa llover... ¡La tierra más dura!... Se rompen los arados...

CANTALICIO. — Así ha de ser...

NICOLA. — Está bien; está bien... Bueno... Usted venía por alguna cosa, ¿verdad?

CANTALICIO. — Sí, señor.

NICOLA. — *(Sacando la ceniza de la pipa).* ¡Está bueno! ¿Le ha ido bien de negocios?...

CANTALICIO. — ¡Como el diablo!...

NICOLA. — Está bien... *(Se frota las manos).* Usted viene a hablarme, ¿verdad? Bueno... yo voy adentro, a mi cuarto, a buscar los papeles, ¿eh? Usted me disculpará un ratito... Con permiso, ¿eh? *(Vase frotándose las manos).*

CANTALICIO. — Lo has visto al gringo... Miralo qué contento... Ha husmeado que no le traigo la plata... ¡Hum!...

PRÓSPERO. — No sé de qué me habla...

CANTALICIO. — Hacete el desentendido. Cuando menos sos socio ya d'él... ¿O no sabés que ayer se me vencieron todos los papeles que le firmé... ¿Y qué no tengo con qué pagarle?...

PRÓSPERO. — ¿Eh? La culpa no es mía...

CANTALICIO. — ¡Desalmao!... Es que me va a quitar el campo... y la casa... y todo...

PRÓSPERO. — ¿Y?...

CANTALICIO. — *(Desconcertado).* Es que todo eso es tuyo, también..., que nos quedaremos los dos sin nada...

PRÓSPERO. — ¡Pa lo que he tenido!...

CANTALICIO. — Mirá, Próspero... No empecés con esas cosas... Viá creer que ya me has perdido el poco cariño que me tenías... Vení aquí; a mi lao... ¡Sentate!... ¿Te parece cosa linda que de la mañana a la noche, un estranjis del diablo que ni siquiera argentino es, se te presente en la casa en que has nacido, en que se criaron tus padres y vivieron tus agüelos... se te presente y te diga: fuera de acá, este rancho, ya no es suyo, ni ese campo es suyo, ni esos ombuses, ni esos corrales, ni esos cercos son suyos?... *(Conmovido).* ¿Te parece justo y bien hecho?...

PRÓSPERO. — Yo no digo que sea justo. Digo... que no tengo la culpa... Usted sabe que desde hace tiempo vivo por mi cuenta y de mi trabajo. Jamás me he metido en sus negocios...

CANTALICIO. — Lo sé muy bien, pero...

PRÓSPERO. — Y si pudiera pagarle a don Nicola lo que usted le debe, lo haría con mucho gusto...

CANTALICIO. — Entonces ¿creés que debo quedarme tan fresco y dejar que éstos me pateen el nido?

PRÓSPERO. — ¡Qué más remedio! Si usted me hubiese dado el campito cuando yo se lo pedí pa sembrarlo, no se vería en este trance; pero se empeñó en seguir pastoreando esas vaquitas criollas que ya no sirven ni pa... insultarlas, y cuidando sus parejeros y puro vivir en el pueblo, y dele al monte y a la taba... y, amigo... a la larga no hay cotejo...

CANTALICIO. — ¡Velay!... Esa no me la esperaba... Llegar a esta edá pa que hasta los mocosos me reten... ¡Salite de acá, descastao!...

PRÓSPERO. — No, tata. No sea así... *"Bisogna eser"*.

CANTALICIO. — ¡No digo!... Con que "bisoñas", ¿no?... ¡Te has vendido a los gringos!... ¿Por qué no te ponés de una vez una caravana en la oreja y un pito en la boca y te vas por ahí a jeringar a la gente?... ¡Renegao!... ¡Mal hijo!...

NICOLA. — *(Apareciendo con una escopeta a la espalda y un rollo de papeles en una mano).* ¡Cosa!... ¡Cosa!...

CANTALICIO. — Nada, señor.

NICOLA. — Disgustos con el muchacho, ¿no?... Bueno... ¡No es malo, el muchacho!... Trabajador... honrado... Está bien... Con que... aquí tenemos los papelitos, los papelitos.

CANTALICIO. — Y pa qué se viene con escopeta... ¿Piensa que soy algún bandido?...

NICOLA. — ¡Qué esperanza! Usted es un buen hombre... un buen criollo... Traigo la escopeta por las dudas... Como voy al pueblo, ¿sabe? Siempre se encuentra una liebre... una martineta en el camino... Diga. ¿Me ha visto un buey blanco en su potrero?

CANTALICIO. — Sí, acabo de arrearlo p'acá... Güeno. Vamos a ver si arreglamos eso...

NICOLA. — ¡Vamos a ver si lo arreglamos! A mí me gustan los negocios derechitos, ¿sabe?... *(Revisa los papeles lentamente).* Tres mil... tres mil... y setecientos... son tres mil setecientos, ¿no?... y quinientos... cuatro mil doscientos... y cuatrocientos cincuenta más... aquéllos, ¿se acuerda?, del valecito... Bueno, en total cuatro mil seiscientos cincuenta pesos nacionales del país... ¿Eh? *(Mientras Nicola hace su cuenta pasa Victoria hacia el foro con un cernidor aventando maíz o trigo. Próspero la sigue con la mirada y a poco vase también).*

CANTALICIO. — Justito... No ha puesto nada de menos...

NICOLA. — Y ahora nos vamos al pueblo... dal escribano... y usted me da la platita... y se lleva todos estos papelitos... Digo, si usted me trae la platita...

CANTALICIO. — No traigo nada... Usted lo sabía mejor que yo...

NICOLA. — Entonces ¿qué cosa hacemos?... Usted lo dirá...

CANTALICIO. — Una renovación... Vea... Con franqueza, yo venía a pedirle que me diera un año más de plazo... Al interés que usted diga...

NICOLA. — ¿Un año?... ¿Un año?... Mire... Usted es un buen hombre, ¿sabe?, un buen criollo... pero de negocio entiende poco ¿Un año?... Esto, son cosa que no se pueden hacer.

CANTALICIO. — ¿Cómo que no?... ¿Quién le ha dicho?...

NICOLA. — Le voy a ser franco, ¿sabe? Si ahora usted no me puede pagar, dentro de un año me paga menos...

CANTALICIO. — ¿Usted qué sabe?

NICOLA. — ¡Pa!... ¡Pa!... ¡Pa!... Si no supiera esas cosas...

CANTALICIO. — De modo que usted quiere quedárseme con el campo.

NICOLA. — Bueno. Para decirle la verdad... Usted tiene razón... Y eso, ¿sabe?, es el negocio que le conviene a usted. Necesito el terreno. Mi hijo, ese que estudia de ingeniero en Buenos Aires, me ha demandado que le busque tierra porque quiere venir a poner una granja, cremería, o qué sé yo... Piense bien el negocio,

¿sabe?... De todos modos... ese campito está perdido. Si el año que viene o el otro... va a tener que entregármelo, me lo entrega hoy y se gana los intereses...

CANTALICIO. — *(Paseándose nervioso).* Y si a mí se me antoja no pagarle ni entregarle el campo, ni hoy ni nunca...

NICOLA. — *(Rascándose la cabeza con socarronería).* ¿Si se le antoja?... Eso es una otra cosa...

CANTALICIO. — Y dirme al pueblo y meterle un pleito de todos los diablos...

NICOLA. — ¡Ah!... ¡No!... Con la hipoteca non se scherza, caro amico...

CANTALICIO. — *(Aparte).* ¿Qué no?... Ya vas a ver... ¡Conozco un procurador que te va a meter cada esquerzo!... *(A Nicola).* ¿De modo que no me espera?

NICOLA. — No me conviene...

CANTALICIO. — ¿Ultima palabra?... Bueno. Proteste, demande... Y haga lo que quiera. Yo no pago, ni entrego el campo... está dicho...

NICOLA. — Bueno. Pero vea que usted se perjudica, ¿no?...

CANTALICIO. — Pero del lobo un pelo... Adiosito...

NICOLA. — Escuche, amigo... Escuche... Es por su bien... *(Llegan voces acaloradas del foro izquierdo. Nicola y Cantalicio se detienen).*

MARÍA. — *(Aparece con Victoria, tironeándola de un brazo).* ¡Indecente!... ¡Sinvergüenza!... ¡Mala hija!... ¡Camina, pues!... *(Como Victoria se resiste, le aplica unos mojicones).* ¡Indecente! ¡Indecente!...

NICOLA. — ¿Cosa?... ¿Cosa?... *(Interponiéndose).* ¡Victoria!... ¿Qué has hecho?...

MARÍA. — ¡Figúrate!... Yo iba para el corral a buscar una cuerdita que había dejado y de repente me la veo a esta porcachona indecente *(le tira un manotón)* que se dejaba dar un beso, con ese gauchito, ese... el hijo del señor... ¡Cochina!...

CANTALICIO. — ¡Oigalé!...

NICOLA. — ¿Cómo? ¿Cómo?... ¿Próspero la besaba?...

MARÍA. — ¡Sí, Próspero!...

NICOLA. — ¡Ah, no! ¡Ah, no! ¿Y dónde está ese atrevido?... *(Llamando).* ¡Próspero!... ¡Eh!... ¡Próspero!...

PRÓSPERO. — *(Grave).* ¿Me llamaba, patrón?...

NICOLA. — Diga, señor...

MARÍA. — ¿Cómo señor?... ¡Es un atrevido, un canalla! ¡Un pión!..

NICOLA. — Usted callate, ¿eh?... Diga... ¿Esa es la manera de portarse con las personas decentes?... ¿Qué se ha pensao?... ¿Qué está en la casa de una china como usted?...

CANTALICIO. — ¡Eh! ¡Baje la prima, gringo del diablo!...

NICOLA. — ¿Cómo usted bien conoce? ¿Eh? Diga. ¿Qué se ha creído?...

PRÓSPERO. — Yo nada, señor.

NICOLA. — Nada, ¿eh?... Bueno. Entonces, ahora mismo arregla sus cosas y se manda mudar, ¿sabe?... *(A Victoria).* Y vos sinvergüenza. Andate pa dentro, que ya te voy a arreglar...

PRÓSPERO. — *(Interviniendo).* Vea, señor. Más despacio con ella. Caramba... Aquí no hay falta ni delito. Lo que pasa es que... los dos nos queremos y que estoy dispuesto a trabajar para casarme con ella.

NICOLA. — ¿Cosa?... ¿Cosa?... Mandesé mudar le digo... En seguida, ¿eh?... Casarse... Casarse... Te gustaría, ¿eh? Casarte con la gringa pa agarrarla la platita... Los pesitos que hemos ganado todos trabajando... ¡Trabajando como animales sobre la tierra!... ¡Ya! Mandesé mudar... ¡Haraganes!... Aprendan a trabajar primero... No me faltaría otra cosa que después de tanto sacrificio pa juntar un poco de economía viniese un cualquiera a querérsela fundir... Mandesé mudar... *(Próspero hace ademán de echarse sobre Nicola. Cantalicio lo contiene. María empuja a Victoria hacia la derecha. Nicola sigue detrás, hablando y volviendo la cabeza).* ¡Con qué casarte!... Casarte con la herencia, ¿no? Con la herencia del gringo viejo... Pa gastarla en los boliches y jugarla en las carreras... ¡Haraganes!... *(Vase mascullando frases en dialecto).* ¡Mándese mudar! Aprenda a trabajar primero.

En la fonda

En una fonda del pueblo. El comedor y despacho de bebidas. Puerta al foro que da a la calle. Una o dos a derecha e izquierda que comunican con el interior. Mostrador y armazón con botellas. Profusión de mesas, una de ellas larga, ocupada por los parroquianos que almuerzan. En otras, gente que bebe aperitivos, lee diarios o charla simplemente. En uno de estos últimos grupos, un cura. Detrás del mostrador, un señor grueso —el fondero— y sirviendo las mesas una muchacha, su hija. Las paredes del despacho tapizadas de reclamos de máquinas agrícolas, retratos de los reyes italianos, etc. Del techo pende una gran lámpara y guirnaldas de papel de colores. Donde resulta más cómodo, un ventanillo que comunica con la cocina.

(Al levantarse el telón, gran bullicio. Un grupo de colonos, con trajes de pana, trenzados en los últimos tantos de una partida a la murra).

¡Tré!...
¡Cuatro!...
¡Due!...
¡Tré!...
¡Due!...
¡Tré!...
¡Tutta la morra!...
E finita *(Risas y exclamaciones).*

UN GRINGO. — ¡Patrone!... ¡Una botiglia de barbera!...

EL FONDERO. — ¡Súbito!...

EL CURA. — *(Dejando un diario).* ¿Han acabado de gritar? ¡Ya era tiempo, hombre!... *(Aproximándose al grupo).* Usted, doctor... ¿Qué tal se encuentra para una partidita a la escoba?... Mire que debe la revancha de anoche...

EL MÉDICO. — Podríamos hacerla de cuatro...

EL CURA. — Eso es. *(A un parroquiano).* ¿Usted juega, don Pedro?

PARROQUIANO 1º — Por pasar el rato... Cómo no.

EL CURA. — Falta otra pierna... ¿Usted entra?

PARROQUIANO 2º — No puedo; tengo que irme a la estación. Voy a acompañar a Próspero, el hijo de don Cantalicio, que se va para el Rosario del todo.

NILDA. — *(Acercándose al ventanillo).* ¡Vitela para uno!... ¡Minestra para dos!... ¡Un postre!... *(Regresa con varios platos y sirve a diversos comensales).*

EL CURA. — ¡Caramba! ¿Y cómo hacemos?... *(Al fondero).* ¿Entra usted, patrón? Les jugamos yo y usted a don Pedro y al doctor...

EL FONDERO. — ¡Cómo no! Ya estuvo... ¡Voy a servirle a estos borrachos el barbera y en seguida!... *(Se acerca a la mesa de los colonos con botellas, copas y tirabuzón).*

EL CURA. — Aquí en esta mesa, no más. ¡Nilda!... ¡Nilda!... Tráe las cartas. Ya debían estar aquí, muchacha. Ya debían estar aquí...

NILDA. — ¡Ni que yo fuera Dios pa estar en todas partes!... *(Va en busca de las cartas al mostrador y vuelve con ellas. Mientras, el fondero destapa la botella y sirve vino a los colonos con grandes muestras de alborozo).*

VOCES. — ¡Eviva el vin!... Eviva!... ¡Eviva Garibaldi!...

EL CURA. — *(Volviéndose).* ¿Eh? ¿Eh? ¡Qué tanto Garibaldi, ni Garibaldi!... ¡Miren, mañana es fiesta y tendrán que ir a misa!...

EL FONDERO. — *(Acercándose).* — Aquí estoy... A ver, padre, cómo se porta ¿eh?

EL CURA. — Yo doy... *(Da las cartas. Pausa. Los colonos, copa en mano, entonan de esos aires nostálgicos del Piamonte. Los parroquianos escuchan atentamente, con excepción del cura y sus compañeros que continúan absorbidos por el juego. Antes de terminar el coro, entra un paisano y se recuesta al mostrador, y así que ha concluido, golpea fuertemente con el mango del rebenque).*

PAISANO. — ¿No hay quien sirva aquí?... ¡A ver, pues!...

FONDERO. — ¡Ya va, hombre!... ¡Hijo del país para ser barullento!... ¡Nilda, andá, serví a ése!... *(Prosigue la jugada).*

NILDA. — ¿Qué va a tomar?...

PAISANO. — *(Sirviéndole rápidamente).* Ahí tiene... 20 centavos...

PAISANO. — *(Después de apurar la copa).* Diga, moza... ¿no ha caído por acá el médico?...

NILDA. — ¿El doctor Buottini?... Allí está, ¿no lo ve?...

PAISANO. — Ni lo había visto. *(Acercándose al grupo).* Güen día, señor doctor... Yo venía a buscarlo pa ver si quiere irse hasta la chacra de los Bertoni, que hay un enfermo grave.

EL CURA. — *(Alarmado).* ¿Cómo, Bertoni está enfermo? ¿Cuál de ellos? ¡Pobre!...

PAISANO. — No es ninguno de los colonos... Es un peón del mediero, un cordobesito joven...

EL CURA. — ¡Ah!... ¡Eso es otra cosa!...

PAISANO. — ¿Cómo otra cosa?... Desde que un cristiano está enfermo... lo mismo es que sea rico como pobre...

MÉDICO. — ¿Y qué tiene el peón ése?...

PAISANO. — Está muy mal, dotor... Antiyer cuerió un animal muerto de peste y se le ha formao un grano en el brazo...

MÉDICO. — ¡Carbunclo!...

PAISANO. — Eso debe ser...

MÉDICO. — Está bien... Dígale a Bertoni que veré si puedo ir esta tarde...

PAISANO. — ¡Pero dotor!... Si es que y aestá muy hinchao, y si no lo operan en seguida se muere...

MÉDICO. — ¡Qué quiere que le haga! ¡Estoy muy ocupado!... No puedo...

PAISANO. — *(Medio aparte).* ¡Ocupado! ¡Ocupado!... Muy bien que si fuera Bertoni el enfermo o cualquier otro gringo rico, ya andaría al trote por entre los maizales... Vea, dotor... Haga el servicio... Ese pobre muchacho se va a morir... Le asiguro que le vamos a pagar lo que sea...

MÉDICO. — Bueno, bueno... Está bien. Espéreme por acá, que cuando acabe vamos... *(Recogiendo las cartas de la mesa).* ¡Escoba!...

PAISANO. — ¡Ta bien!... *(A Nilda).* Niña... ¿Me quiere servir otra ginebrita?... *(Nilda le sirve. Uno de los colonos cantores pide barajas y el grupo arma otra partida a la escoba).*

María y Victoria avanzan desde la puerta del foro cargadas de paquetes. Visten trajes de domingo de mal gusto.

MARÍA. — *(Depositando los paquetes en una mesa).* Salud a toda la reunión... ¡Uf! ¡Cómo estoy cansada! ¡Cómo está, señor cura!... ¡Señor doctor!... ¡Señor don Pedro!... *(Al saludar al fondero).* Y la señora Margarita... ¿está buena?...

NILDA. — *(Que ha saludado ya a Victoria).* Está buena, señora María... Voy a llamarla...

MARÍA. — ¿Cómo te va, hija?... No la incomodés... Mirá, traeme primero un refresquito... Tengo una sed como un diablo.

EL CURA. — ¿Y don Nicola, señora?

MARÍA. — Ahora no más viene. Está del escribano por unos asuntos... *(A Victoria).* Pero sentáte, muchacha... ¡Parece que vos no te cansaras nunca!... ¿O tenés ganas de irte a la puerta de la calle?

NILDA. — *(Después de servir los refrescos).* ¡Mama! ¡Mama!... ¡Venga que está la señora de don Nicola!...

UN COMENSAL. — ¡Nilda!... ¡Nilda!... ¿Acabarás de servirme?

NILDA. — Aquí estoy. ¿Qué más quiere?...

COMENSAL. — Un pechito...

OTRO COMENSAL. — Y a mí también.

NILDA. — *(Rápidamente al ventanillo).* Dos pechitos...

EL CURA. — *(Volviéndose).* De cordero.

MARGARITA. — *(Que aparece secándose las manos con el delantal).* ¿Cómo está, doña María?... Disculpe que tengo las manos mojadas...

MARÍA. — ¡Oh! ¡No es nada!... *(Se abrazan y se besan brutalmente).*

MARGARITA. — Asiéntese, tome asiento... ¿La salud bien?...

MARÍA. — Cosí! ¡Cosí... por ahora buena, gracias... A usted ya la veo tan gorda ¿eh?

MARGARITA. — ¿Y qué milagro es éste?...

MARÍA. — Un milagro de veras... Yo no pensaba venir al pueblo... pero ésta me empezó con que vamos y vamos... que le dije bueno. Quería comprarse un vestido, ¿sabe? y acabamos de hacer una punta de gastos. ¡Cómo están caras las cosas! ¿eh?... Una punta de gastos para la señorita hija... Yo no sé deveras qué hace esta muchacha con los trajes... El año pasado le compré ése que tiene... Y dice que ya no le sirve... Ahora me han vendido este generito en casa Testaseca... Mírelo... ¿Qué le parece? *(Desenvuelve un paquete y ambas examinan prolijamente el genero).* Es bueno, ma es caro como la gran siete... Y ahora se le antoja que lo haga de la modista el vestido... Yo le digo que no... Para qué gastar más plata, que cuesta tanto ganarla, si podemos coserlo nosotros mismos... No quedará de moda, pero anda bien vestida y limpia... ¿Qué se piensa?... Ahí donde la ve a ésta, se le están viniendo muchos pájaros en la cabeza...

MARGARITA. — Y diga, don Nicola... ¿está también en el pueblo?

MARÍA. — Vinimos con él en el carro grande... Tenía que arreglar el pleito con ese viejo don Cantalicio... Embrollón... Le metió cuestiones ¿sabe?... Para no pagar, procuradores y juez de paz y testigos y qué sé yo... Nicola tuvo que andar en viajes a Córdoba, al Rosario... el viejo tenía los papelitos... y le ganó el asunto en el juez... Ma le ha costado buenos pesitos... ¡Mire, doña Margarita, con estos criollos del país no puede tener negocio: son una punta de tramposos!... Como no ganan la plata como nosotros... *(Tumulto en la mesa que sirve Nilda. Al acercarse ésta con los platos, uno de los parroquianos se ha tomado cualquier libertad y Nilda, dejando caer el plato, la arremete con él a moquetes).*

NILDA. — *(Pegándole).* ¡Sinvergüenza!... ¡Sinvergüenza!... ¡Atrevido!... *(Risas, algarabías).*

EL FONDERO. — *(Interrumpiendo el juego sin moverse).* Pero decime una cosa, Bachicha... ¿Cuándo vas a dejar de embromar la paciencia?... ¿Andás buscando que un día te sosiegue yo?... ¿Qué te has pensado, eh?...

MARGARITA. — ¡Eso digo yo!... A ver si se acaba la historia, ¿eh? Todos los días tiene que hacer con la muchacha... ¡Sinvergüenza! Se ha creído que mi hija es un trapo... ¡Caramba! ¡Caramba!... Si va a seguir así se cambia de fonda...

MARÍA. — Déjelo estar, doña Margarita. Déjelo estar... Estos atrevidos no valen la pena un bochinche... Se figuran, ¿sabe?, que todas las mujeres son iguales... La vez pasada... Con ésta *(por Victoria)* también me sucedió una cosa. El compadrito del hijo de don Cantalicio se estaba propasando mucho, caramba... Por eso lo echaron... Pero la muchacha...

NILDA. — *(Que vuelve del ventanillo).* ¡Mama!... La llaman de la cocina...

MARÍA. — Haga su comodidad... Haga, no más... Vea, y con su permiso yo también voy un poco adentro a aflojarme este vestido que me incomoda...

MARGARITA. — Pase... Pase...

MARÍA. — *(A Victoria).* ¡Che... venite vos también!...

VICTORIA. — No; yo me quedo... ¿Qué voy a hacer adentro?

MARÍA. — ¡No, no, no!... Caminate no más para adentro... *(Victoria vase de mala gana volviendo los ojos hacia la puerta y deteniéndose lo suficiente para ver a Próspero).*

PRÓSPERO. — *(En traje pueblero aparece nervioso y alegre, saludando a todos los parroquianos "a piacere" y se acerca por último a la mesa del cura).* ¡Salud, señores!... ¡Buenos días!... ¿Qué tal esa escoba?... ¿Quién pierde?...

EL CURA. — Hola, Próspero. Con que te vas, ¿eh?...

PRÓSPERO. — Sí, señor. Ahora mismo. En el tren del Rosario. ¡A hacer patria a otro lado!...

EL CURA. — No vas mal encaminado, muchacho. No vas mal encaminado... ¡La cuestión es tener juicio, ahora!... Da usted, doctor... Ese mister Daples es una buena persona, y si te toma cariño, vas a ir muy lejos con él.

PRÓSPERO. — Efectivamente. El hombre me tiene fe... Pero por algo ha de ser... Si yo no sirviera para nada no me protegería. ¿Tata no ha venido? Quedamos de vernos aquí... ¡Pobre viejo! No

le hace un chiquito de gracia que yo me vaya... Dice que soy un renegao que me he vendido a los gringos, que lo abandono ahora que está pobre...

EL CURA. — Preocupación de criollo viejo, no más...

PRÓSPERO. — ¡Es natural!... *(Viendo que Victoria se asoma tímidamente a la puerta)*. ¿Cómo está usted, señorita Victoria?... *(La obliga con el gesto a avanzar)*. Su mama ¿está buena?

VICTORIA. — *(En voz baja)*. ¿Se va, entonces?...

PRÓSPERO. — No hay más remedio... Le juro que he hecho todo lo posible por quedarme...

VICTORIA. — No lo ha hecho. ¡No!... Si me quisiera deveras...

PRÓSPERO. — Eso es lo que usted no sabe... Porque la quiero y mucho es que me voy... a trabajar... a hacerme gente, a ganar dinero para merecerla...

VICTORIA. — Si yo no preciso eso...

PRÓSPERO. — Pero su padre sí. ¿Piensa que me he olvidado de aquellos insultos?...

VICTORIA. — ¿Por qué no trabajar aquí?... *(Mimosa)*. Ahora usted se va y no se vuelve a acordar de mí... Cuando vea otras muchachas en el Rosario, más lindas y más educadas que esta pobre gringa, me deja no más... Me deja...

PRÓSPERO. — *(Transportado)*. ¡No, prenda, no!... ¡Si vos sos mi vida, lo único que he querido en este mundo!...

VICTORIA. — *(Compungida)*. Es que me voy a quedar muy triste... Solita... Sin verlo...

PRÓSPERO. — *(Afectado también)*. Te queda el consuelo de saber que nunca te olvidaré...

MARÍA. — *(Asomándose)*. ¡Oh!... ¡Victoria!... *(Próspero se aleja rápidamente. Victoria queda como estática con la cabeza baja)*. ¡Victoria!... ¿Qué cosa estabas hablando con ese sinvergüerza?... Contestá, pues... Andás con gana de una paliza vos, ¿eh? ¡Y yo te voy a dar ahora no más!... ¡Caminate adentro ya... ligerito!... *(Victoria a medida que le habla la madre contrae el gesto y acaba por estallar en sollozos. Se produce en ese momento una pelotera entre los gringos colonos. María empuja a Victoria hacia afuera)*.

PRÓSPERO. — *(Que miraba la escena con emoción, reaccionando)*. ¿Eh?... Ya debe estar por llegar el tren. *(Al parroquiano 2º)*. Nos vamos, che...

PARROQUIANO 2º — ¡Sí, ya es hora!...

PRÓSPERO. — Caramba, sentiría no despedirme del viejo... Bueno... Conque... ¡señores, hasta la vuelta! *(Da un apretón de manos al cura y sus compañeros que lo despiden con gran afectuosidad)*. ¡Salud, señores, a todos en general!...

VARIAS VOCES. — *(De distintas mesas)*. ¡Chao!... ¡Buen viaje! ¡Felicidad!... ¡Pronto regreso!... *(Próspero retribuye alegremente las demostraciones. Al llegar a la puerta se encuentra con Cantalicio)*.

PRÓSPERO. — Viejo... Ya me iba sin despedirme...

CANTALICIO. — No lo jurés porque te lo creo... Pa qué te ibas a ocupar del pobre paisano. ¡Si al menos yo juese gringo!...

PRÓSPERO. — ¡Bá!... ¡Bá!... ¡Bá!... ¡Déjese de macanas, viejo!... ¡Le ha dao fuerte con los gringos!...

CANTALICIO. — No he de tener razón cuando menos. ¡Canejo!...

PRÓSPERO. — *(Palmeándolo)*. Ya veremos, ya veremos quién la tenía más... *(Pausa)*. Bien, ya es muy tarde. A ver, tata, un abrazo...

CANTALICIO. — ¿Pero es que te vas de veras?...

PRÓSPERO. — ¿Lo creyó broma?

CANTALICIO. — ¿Y me dejás solo aura que no me queda ni la casa?...

PRÓSPERO. — Qué más remedio. Venga ese abrazo... Hasta la vuelta...

CANTALICIO. — ¡No, no te abrazo!... Andate, no más... Andate... Andate...

CANTALICIO. — ¡Pobre muchacho! ¡No es malo!... Pero se me ha dao güelta... Se me ha dao güelta. *(Al paisano)*. ¿No le parece, compadre?...

PAISANO. — ¡Así ai ser, no más, pues!...

CANTALICIO. — *(Reaccionando)*. ¿No ha dao con el dotor, entuavía?...

PAISANO. — Estoy aguaitándolo... Dice que está ocupao...

CANTALICIO. — Ya lo veo... Trensao a la escoba... Si será desalmao... Venga, compadre... Vamos a tomar una copa... *(Se aproximan a las mesas en que han estado los gringos).* ¡A ver, quién sirve aquí!... *(Nilda se aproxima).* ¿Qué toma usted?...

PAISANO. — Yo lo mismo...

NILDA. —Ginebra con bitter...

CANTALICIO. — A mí también, bien cargada. ¡Ando con ganas de chupar juerte!... ¡De todas maneras!... ¡Pa lo que sirvo, ya... tranca más o tranca menos!

PAISANO. — Eso no diga. ¿Pa quién sinó pa los hombres se han hecho las disgracias?...

CANTALICIO. — ¡Qué caray!... Y la bebida también se ha hecho pa los varones... Serán los últimos copetines que chupe en este pueblo disgraciao...

PAISANO. — Entonces ha determinao no más dirse...

CANTALICIO. — ¿Y qué quiere que me quede a hacer?... No he nacido pa tordo, amigo... Pa andar viviendo en nido ajeno... Me acaban de quitar el mío... Y ya lo ve, con el nido los pichones... ¡Ese muchacho, lo único que me quedaba en el mundo de familia, se me manda mudar como un ingrato!... *(Nilda sirve. Cantalicio se bebe de un sorbo la ginebra).*

PAISANO. — ¡Ya volverá!... Quién sabe si no le va bien!... ¡Es travieso el mocito!...

CANTALICIO. — Cualquier día lo veo más... Aura va pa la ciudad, se agringa del todo y si te he visto no me acuerdo. ¡Y si le va bien es capaz de avergonzarse del criollo viejo que le dio el ser!...

PAISANO. — ¡Pucha que los quiere bien usted a los gringos!... ¡Se parece a mí en eso!...

CANTALICIO. — ¡De balde no más!... Mire, compadre... toda esa pampa de aquel lao del pueblo hasta cerca del Chañarito ha sido nuestra, de los González, de los Viejos González, cordobeses del tiempo e la independencia, amigo... Y un día un pedazo, otro día otro se lo han ido agarrando esos naciones pa meter el arao... Una pena, amigazo; romper esos campos en que venía así, la gramilla... que era un gusto... *(Bebe el nuevo vaso que Nilda le sirve, también de un sorbo).*

PAISANO. — No tome tan ligero, compadre... ¡Mire que es muy engañoso!...

CANTALICIO. — No le hace... Pues, sí, señor... Y el último pedazo de pampa que nos iba quedando me lo acaban de arrancar estos ladrones... ¡Ahora mesmito!... Vergüenza nos había e dar a todos los criollos... *(Golpea fuerte la mesa).*

EL CURA. — ¡No se altere, don Cantalicio!... ¡Un poco de orden, pues!...

CANTALICIO. — ¡Oh!... Hasta eso me quieren privar también... ¿Sabe que está bonito?... ¿Es decir que porque soy hijo el páis tengo menos derechos que todos ustedes, que se pasan aquí el día gritando y cantando como si fuese fonda e'vascos?... ¡Ei golpiar lo que se me antoje, porque pa eso soy criollo!... ¿Me oyen?...

EL CURA. — Era una broma, don Cantalicio... Por ver lo que decía...

CANTALICIO. — Está güeno. Si es así no he dicho nada. *(Irguiéndose de nuevo).* Pero sepan todos...

PAISANO. — ¡Siéntese, compadre!... No vale la pena...

CANTALICIO. — Está güeno. *(Sentándose).* ¡Hum!...

PAISANO. — Entonces decía...

CANTALICIO. — Sirva otra ginebra... ¡Cargadita!...

PAISANO. — ¡No tome más!... Le hará mal...

CANTALICIO. — Déjeme...

PAISANO. — *(Distrayéndolo).* ¿Entonces negoció no más el campito?...

CANTALICIO. — Me lo quitaron... ¿No le he dicho?... Yo le metí pleito al gringo... Y tenía derecho... Pero estos diablos con la plata pronto se arreglan con los jueces y fiscales y esa runfla de escribanos... El asunto seguía, pero sin miras de acabar, y entonces transamos. He firmao ya... y estoy esperando al gringo viejo que me debe entregar la... fortuna que me queda...

PAISANO. — ¿Y qué piensa hacer?...

CANTALICIO. — ¿Yo?... Irme a Córdoba... ¡Bien lejos!... ¡Ande no vea naciones!... ¡A levantar un rancho en el mismo corazón de la sierra, aunque no haiga más que zorros!... ¡Al menos esos serán criollos puros!... *(Pausa).* ¿Me sirven, o no me sirven?...

EL CURA. — Escuche, don Cantalicio. ¿Conoce usted el undécimo mandamiento?

CANTALICIO. — No conozco más que diez, salvo que usted haya inventao algún otro pa cobrar más caros los funerales...

EL CURA. — El undécimo, no embriagarse...

CANTALICIO. — Si usted no fuese cura, ya me oiría... Y perdone... *(Después de vaciar la tercera copa). (Dentro:* ¡Porta vino barbera!...) Diga, padre, ¿mamarse con vino barbera, no es pecado?...

EL CURA. — También... también...

CANTALICIO. — Entonces apunte pa el lao de los gringos...

NICOLA. — ¡Bon giorno!...

CANTALICIO. — Ahí está el gringo... No me deje solo, compadre... Que no me vaya a trampiar...

VOCES. — *(De la mesa de los colonos).* ¡E viva Nicola... ¡E viva Nicola!... *(Uno de ellos le ofrece un vaso de vino).*

NICOLA. — Disculpame... Tengo un asunto que arreglar... En seguida vengo... ¿Cómo está, señor cura?... Me dispensa, don Cantalicio, si he demorado... Tenía que ir en casa de Testaseca, ¿sabe? a sacar la plata, y como estaban ocupados los patrones, me tuvieron esperando...

CANTALICIO. — Está dispensao... Y vaya largando sin muchos partes, porque estoy de priesa...

NICOLA. — ¡Bueno! ¡Bueno! La cosa es bien fácil... Todo lo que teníamos de hablar ya está conversado... *(Saca papeles y dinero del cinto).* Vamos a ver... Tengo que darle... De darle... Espérese... Mil de una parte y trescientos cuarenta de la otra... Mil trescientos cuarenta...

CANTALICIO. — Me parece que está errao...

NICOLA. — ¡Cosa!... ¡Cosa!...

CANTALICIO. — *(Alterado).* ¡Sí, señor, está equivocado!... Son mil trescientos cuarenta y ocho pesos...

NICOLA. — Dispense... Tenía razón... Lo que es justo es justo... Este número estaba mal hecho y cualquiera se equivoca... Yo tampoco ando muy bien de escritura.

CANTALICIO. — *(Aparte).* Pero no te perdés en los números...

NICOLA. — Muy bien... *(Cuenta prolijamente el dinero).* ¡Aquí van mil pesos justitos!... Haga el favor de contarlo...

CANTALICIO. — *(Al Paisano).* Cuente, compadre...

PAISANO. — *(Contando).* Seiscientos, ochocientos y mil... Ahí tiene...

NICOLA. — Bueno, bueno. Y ahora por el resto le voy a dar este pagarecito...

CANTALICIO. — ¿Qué es eso?... Usted no me va a dar pagareses... Yo no quiero papeles... El trato es trato... ¡Usted me tiene que entregar platita!...

NICOLA. — Pero, escuche, don Cantalicio... Sucede que yo tengo mi plata da Testaseca, y Testaseca no tenía hoy moneda disponible...

CANTALICIO. — ¡Habíamos de salir con ésas!... Vea, o me paga todo en dinero o se queda usted con todo... ¡Qué embromar también!...

NICOLA. — Pero, escuche, don Cantalicio... Si mi firma es como un Banco... Usted lleva este papelito a cualquier parte y se lo pagan...

CANTALICIO. — ¿Un Banco?... Quién sabe qué trampa me quieren hacer... No, señor... El trato es trato... Venga la plata...

NICOLA. — Dispense, pero tramposo no soy, y no me lo diga, porque no me gustan esas cosas...

CANTALICIO. — ¡La platita!... ¡La platita!...

NLCOLA. — ¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Qué caramba!... Ahí tiene la platita, y si no le gusta así... haga lo que se le antoje... No digo más nada... *(Hace ademán de retirarse).*

CANTALICIO. — ¡Ché!... ¿Ande vas, gringo del diablo?... *(Tironeándolo).* Sujetá el pingo... ¡Aflojá los pesos!...

NICOLA. — Mire, don Cantalicio... No me busque cuestiones que no me meto con nadie... Usted está medio tomado, y...

CANTALICIO. — ¡Tu madre!... *(Quiere echarse sobre Nicola y lo detiene el Paisano. Los parroquianos que han estado a la expectativa, acuden, con excepción de los colonos, que se limitan a pararse en los asientos).* Lárgueme, que lo mato a ése... *(Nicola, muy calmoso, se recuesta a una mesa de frente al público, carga su pipa y fuma).*

EL CURA. — Vamos, don Cantalicio... Cálmese... No haga locuras... ¡No tiene razón!...

CANTALICIO. — ¡Madre mía!... ¡Que no tengo razón!... ¿Pero no han visto a ése que tras querer embrollarme, me insulta?... ¿No lo han visto?...

NICOLA. — Yo no embrollo a nadie... Soy una persona honrada y trabajadora.

CANTALICIO. — Sos honrao porque todos te protegen... Todos... Todos... Hasta el cura que te da la razón... Yo soy un pillo... No tengo plata, ni chacra, y he nacido en este páis... Sos muy honrao y, sin embargo, me querías estafar los poquitos riales que me dejaste...

EL CURA. — Cantalicio... Eso no es cierto... Tranquilícese. Repose un poco y venga conmigo. Yo le voy a descontar el vale. *(Lo sienta).*

CANTALICIO. — No, señor. Me lo ha de pagar él... Me lo ha de pagar, y me lo ha de pagar... Y sálganse todos de aquí... Déjenme... Vayan a cuidarlo a él... Que le hace más falta... ¡Déjenme, déjenme! ¡Solito!... Yo no preciso de nadie... Ya no tengo amigos, ni casa, ni hijos... Ni patria... Soy un apestao... Nadie me quiere... ¡Salgan!... ¡Yo me voy a morir!... Estoy muy triste... ¡Salgan!... Sin casa... Sin hijos... Sin amigos... Soy un pobre criollo... Un pobre criollo... *(Oculta la cara entre los brazos llorando convulsivamente. El cura, con el gesto, pide compasión para él, y allá en el fondo, los colonos cantan de nuevo el aire nativo, mientras desciende lentamente el telón).*

TELÓN

ACTO TERCERO

La chacra de Cantalicio

En la nueva granja de Nicola. Dos años después. Ocupando toda la mitad derecha de la escena un edificio en construcción con las paredes que se alzan apenas medio metro del suelo; lo suficiente para sostener los marcos que deben estar ya colocados. Varios albañiles trabajan colocando ladrillos. Cayendo hacia el centro mismo un viejo ombú a medio desgajar que extiende su rama más gruesa hacia el lado de la obra. En el suelo las ramas recientemente cortadas. Perspectiva alegre, verde de alfalfar. Pleno sol.

PEÓN 1º — ¿Y diai?... ¡Qué más remedio!...

PEÓN 2º — ¿Le metemos a ésta no más?... *(Señalando la rama gruesa).*

PEÓN 1º — ¿Y diai?... ¡Qué más remedio!...

PEÓN 2º — ¿Animal viejo ai ser, no?... Fijate qué ráices...

PEÓN 1º — Pa mí que ha nacido en el tiempo de los españoles.

PEÓN 2º — ¡Qué!... ¡Mucho antes!... ¡Pero mucho!... Debe ser del tiempo e los ingleses...

PEÓN 1º — ¡Siás bárbaro!... Si los ingleses no han venido nunca a este país... Ricién están llegando...

PEÓN 2º — ¿Qué sabés vos?... Mirá: a la República Argentina vinieron: primero los indios... los matacos; dispués los ingleses, dispués los gallegos y dispués... el general San Martín, Belgrano y todos esos otros...

UN ALBAÑIL. — *(Burlón).* — ¡Pcha!... ¡Si me parece estar en la escuela!... Diga, maestro...

PEÓN 2º — Has de ser muy inteligente vos... Como ese ladrillo que están golpiando...
UN ALBAÑIL. — Si vos me hubieses enseñado pué que sí, no más...
PEÓN 2º — ¡Andá!... ¡Andá!... ¡Trabajá!... ¡Zonzo!... ¡Que si te ve tu patrón!...
UN ALBAÑIL. — Más fácil es que te agarre el tuyo haciendo sebo... Y mirá, ni que hubiese adivinao... Ahí llega en el breque...
PEÓN 2º — ¡Cierto!... ¡Metele, che!... *(Buscan acomodo para aserrar mejor).*
PEÓN 1º — De veras que me da pena cortarlo...
PEÓN 2º — ¿Por el ombú... o por el trabajo?...
PEÓN 1º — ¿Eh?... Por las dos cosas... Vamos. *(Comienzan a aserrar. Pausa. Debe sentirse un instante el ruido de la sierra y los golpes de cuchara de los albañiles).*

Don Nicola, Victoria, Horacio. Con indumentarias livianas de verano. Notable progreso en el vestir de los dos primeros, especialmente Victoria. Horacio elegante y desenvuelto.

HORACIO. — Le digo, viejo, que está equivocado... Cuanto más en la altura se coloque el depósito del surtidor... menor tiene que ser su elevación...
NICOLA. — Ma, ¿por qué hay que hacerlo más alto?... Eso es lo que yo no te comprendo...
HORACIO. — La teoría física de los vasos comunicantes...
NICOLA. — ¡Qué comunicante!... Dejate de sonceras... que yo no soy ningún sabio... Decí las cosas claras...
HORACIO. — *(Riendo).* Bueno, bueno, bueno, viejo... Confieso la plancha...Y no discutamos más. Ahora verá cómo el constructor me da la razón... Veamos cómo anda la obra... Vos no habías venido nunca, Victoria...
VICTORIA. — ¡No; nunca!...
HORACIO. — ¡Sos poco curiosa!... Mirá, de esta parte en la esquina misma, y bien arriba va a quedar un pabelloncito lindísimo. Te lo ofrezco...
VICTORIA. — Para mí es lo mismo. Yo estoy bien en cualquier sitio... y no entiendo mucho de comodidades...
HORACIO. — ¿De modo que nada te llama la atención?... ¿Desencantada de la vida?... ¿A esta edad?...
VICTORIA. — ¡Yo... no sé!
HORACIO. — ¡Pobrecita!... ¿Y no has pensado en el suicidio? Esperate... ¡Con fósforos es más romántico!...
VICTORIA. — *(Con fastidio).* ¡Oh... ¡Salí!...
HORACIO. — *(Riendo).* Me olvidaba... ¡Ahora son sin veneno!... ¿Y el viejo?... ¿A que se ha ido este porfiado?... ¡Tata!...
NICOLA. — *(Reapareciendo).* Te digo que yo tengo razón. He visto el terreno con estos ojos...
HORACIO. — Bueno... Ya lo dirá el constructor... Vamos a verlo...
NICOLA. — Vos tendrás mucho estudio... Pero yo tengo la práctica...
HORACIO. — *(A un albañil).* ¿El constructor?...
ALBAÑIL. — Se fue a la cremería en el automóvil, pero ahora no más vuelve.
HORACIO. — Entre tanto podríamos ir a ver el surgente... ¿Le parece, viejo?...
NICOLA. — Sí, pero espera un poco... *(A los peones).* ¿Y desde ayer que trabajan no han podido voltear más que esos gajitos?... Parece que andan haraganeando mucho... ¿eh?...
PEÓN 2º — Si es muy fuerte este árbol... ¿Se cree que así no más se voltea un ombú?...
NICOLA. — ¡Hacha!... Hacha y buenos brazos se precisa... Y verán cómo cae pronto...
PEÓN 2º — Es que no dentra el hacha, pues. ¡Rebota como si fuese goma!...
NICOLA. — ¡Caramba!... ¿Y para qué tienen ese serrucho en las manos?... Bueno, bueno... ¿eh?... A ver si acaban pronto... Vamos.
HORACIO. — ¿Cómo no? Vamos, Victoria.
VICTORIA. — No... es muy lejos... No tengo ganas de caminar tanto...
HORACIO. — ¿Y qué vas a hacer?...

VICTORIA. — Nada... Volverme al coche...
HORACIO. — Facha il suo cómodo... Señorita romántica. *(Viendo que Victoria se vuelve fastidiada).* ¡Ah, no!... ¡Enojos no permito, hijita!... *(La besa).* Hasta luego... *(Mutis de Nicola y Horacio por la derecha. Victoria se aleja lentamente por el lado opuesto).*
PEÓN 1º — Adiós niña... ¿Ya no se acuerda de los viejos amigos?...
PEÓN 2º — ¿Quién la ve, no?... Y las veces que hemos arao en la misma melga...
PEÓN 1º — ¡Ahora es señorita, che!... ¡Ja... ja!...
PEÓN 2º — Me gustaría que golviese Próspero, el hijo e don Cantalicio... pa ver si lo trataba con tanto disprecio...
ALBAÑIL. — Murmuren no más... Murmuren... Eso ha de ser en pago del café que les ha dao el viejo Nicola...
PEÓN 2º — ¡Callate, ladiao!...
CANTALICIO. — ¿Quién habla de don Cantalicio pua cá?...
PEÓN 2º — *(Regocijado).* Salú, don Cantalicio... ¡Anima bendita!... Ya lo creíbamos muerto...
CANTALICIO. — Ya ve que no, amigo... ¡Cosa mala!... Che, ¿andan los gringos cerca?...
PEÓN 2º — Están en el bajo... ¿Y qué vientos lo traen por estos pagos?... ¿Ande estuvo?...
CANTALICIO. — Lejos... Por la provincia de Córdoba...
PEÓN 2º — ¿Haciendo?...
CANTALICIO. — De todo... ¿Qué más remedio?... Precisé llegar a viejo pa tener que deslomarme trabajando... Y gracias que entuavía servía pa algo... ¿A qué no sabés en que me ocupo?...
PEÓN 2º — No, señor...
CANTALICIO. — En venderles animales a los gringos...Fijate qué suerte... Yo que en mis tiempos sabía tropiar ganaos ariscos de la sierra, pa mi campo, pa este mesmo campo... me veo condenao ahora a acarrearles güeyes a los colonos...
PEÓN 2º — ¡Lo que son las cosas, hombre!...
CANTALICIO. — Ayer no más le traje a un chacarero del Chañarito, unos sesenta animales... Después como quedaba tan cerca del pago viejo le dije a Cantalicio: Che, andate a mirar cómo marcha aquello... Yo no quería pasar por este camino, pa no acordarme, ¿sabés? pero la querencia me empezó a cuartear pa este lao y cuando quise acordar... estaba aquí...
PEÓN 2º — ¡Mire, mire!
CANTALICIO. — De lejos ya vide todas las judiadas que me habían hecho los gringos con esto... *(Mirando en derredor).* Vean... Vean... De la casa ni qué hablar... parece que le van a edificar encima un pueblo entero... Ni el horno... ni la noria... ni el palenque... ¡Cosa bárbara! Desalmaos... ¿Y aquello?... Eso sí que no les perdonaré nunca... ¡Talarme los duraznitos!... Los habían plantao Elisa... la finadita mi hija... y todos los años daba unas pavías así... ¡Dañinos!... Lo único, lo único... de lo mío que entuavía puedo ver es ese ombú... ¡Pero che!... ¿Y por qué lo están podando así?...
PEÓN 2º — ¿Podar?... Al suelo va ir también... Eso estamos haciendo... ¡Voltearlo!...
CANTALICIO. — Eso sí que no... ¿El ombú?... En la perra vida... Todo han podido echar abajo porque eran dueños... pero el ombú no es de ellos. Es del campo... ¡Canejo!...
PEÓN 2º — Yo creo lo mismo. Pero los patrones dicen que el pobre árbol viejo les va a dañar la casa... *(Aparece Victoria y se detiene a escuchar).*
CANTALICIO. — ¿Y por qué no edifican más allá?... ¡Bonita razón!... Los ombúes son como los arroyos o como los cerros... Nunca he visto que se tape un río pa ponerle una casa encima... ni que se voltee una montaña pa hacer un potrero... ¡Asesinos!... ¡No tienen alma!... Si tuvieran algo adentro les dolería destruir un árbol tan lindo, tan bueno, tan mansito... Cómo se conoce, ¡canejo!, que no lo han visto criar, ni lo tienen en la tierra de ellos...
PEÓN 2º — ¡Vaya usted a hacerles entender esas razones!...
CANTALICIO. — Y qué van a comprender ellos... si ustedes mismos, ¡parece mentira!..., criollos como son, se prestan a la herejía...

PEÓN 2º — ¡Oh!... ¡Si nos mandan!...

CANTALICIO. — No se hace... Salgan de ahí... desgraciaos... todos se han vendido... ¡Todos se están volviendo gringos... todos!... ¡Pa qué habré venido, canejo!... ¡A ver tanta pena!... *(Al volverse se encuentra con Victoria y bruscamente):* Buen día... ¿Venís a mirar las lindas cosas que están haciendo, no?... *(Intenta irse).*

VICTORIA. — No se vaya, don Cantalicio... Oiga... Escúcheme... Tengo que decirle algo... Venga. *(Lo aparta y se queda un momento indecisa).*

CANTALICIO. — ¡Hablá de una vez, pues!

VICTORIA. — Este... ¿Usted sabe algo de Próspero?...

CANTALICIO. — No sé, ni necesito saber... ¿Pa eso no más me llamabas?...

VICTORIA. — Es que... Próspero está ansioso por tener noticias de usted...

CANTALICIO. — ¿Y vos cómo sabés eso?...

VICTORIA. — *(Confundida).* Por ahí... la gente lo dice.

CANTALICIO. — No ha é ser cierto... ¡No se acuerda más ya!...

VICTORIA. — Sí que se acuerda...

CANTALICIO. — ¡No! ¡No! ¡No!... ¡Mentira!... *(Intenta irse).*

VICTORIA. — *(Deteniéndolo).* Si me lo ha dicho a mí muchas veces...

CANTALICIO. — ¿Dónde?

VICTORIA. — En el Rosario... En esta temporada que pasamos allí hace dos meses... Nos veíamos muy seguido... y me hablaba del viejo, que lo quería mucho... que deseaba tanto verlo... y... vea: ayer me escribió y en la carta me preguntaba dos o tres veces por usted...

CANTALICIO. — ¿Cómo es eso?... ¿Cartitas?...

VICTORIA. — *(Pegándose en la boca).* ¡Qué zonza!... ¡Se me escapó!...

CANTALICIO. — *(Muy suavizado).* Con que ésas teníamos, señorita... ¿eh?...

VICTORIA. — Sí, pero... ¡Nadie lo sabe todavía!...

CANTALICIO. — ¿Y qué es de la vida de ese bandido?...

VICTORIA. — Está muy bien... acreditadísimo con Mister Daples... ¡Ay!... Creo que llega tata...

CANTALICIO. — Yo me mando mudar... *(Al volverse se encuentra de manos a boca con don Nicola).*

NICOLA. — *(Un poco sorprendido).* Cosa... Cosa... ¡Ah! ¿Es usted don Cantalicio?... ¿Cómo dice que le va?... ¿Qué anda haciendo por estos pagos?... Ha venido a ver su antigua casa... ¿eh?... Estará un poco cambiada, ¿no?, pero todavía va a quedar mejor... *(Cantalicio que se ha quedado mudo, hace jugar el rebenque entre las manos).* Ahora lo que edifique este otro ranchito de dos pisos... y venga el jardín y la quinta de frutales... y la lechería allá bajo... *(Sacude la ceniza de la pipa y vuelve a colgársela de los dientes).* Va a quedar mejor... bastante mejor... Pero ya se va notando el cambio... ¡Ah! ¡Y mire qué pichón de alfalfar!... Y todo lo está haciendo mi hijo el mayor, que ha estudiado en Buenos Aires de ingeniero... ¿Dónde anda Horacio?... ¡Che Horacio!

HORACIO. — ¿Qué hay, viejo?... *(Saludando cortésmente a Cantalicio).* ¡Buen día, señor!...

NICOLA. — Aquí te presento a don Cantalicio, el que era dueño de este terrenito... Mi hijo Horacio...

HORACIO. — *(Dándole la mano).* Muchísimo gusto, señor...

CANTALICIO. — *(Muy seco).* Igualmente.

HORACIO. — Yo debo haberlo conocido cuando era muchacho, pero francamente no recuerdo...

CANTALICIO. — Así ha de ser...

HORACIO. — Acercate, Victoria... A ella la conocería, ¿verdad? Se conocían ustedes...

CANTALICIO. — La he saludado ya...

VICTORIA. — Somos viejos amigos...

HORACIO. — ¡Pero qué cabeza, la mía!... Si mal no recuerdo, usted tiene un hijo en el Rosario...

CANTALICIO. — Sí, señor: Próspero...

HORACIO. — Lo conozco... Lindo muchacho... Nos hicimos amigos últimamente, cuando fui a contratar la trilla con Mister Daples...
VICTORIA. — Dale noticias de él, porque creo que el señor hace tiempo que no lo ve...
HORACIO. — Está muy bien. Es el hombre confianza de Daples... Tiene trilladoras a su cargo... Precisamente, le propuse que viniese a hacer nuestro trabajo...
CANTALICIO. — ¿Cree que vendrá?...
HORACIO. — No sé... Pensaba salir con una máquina rumbo a Arias... No sería difícil... *(Pausa).* Usted hace mucho que no cae por estos pagos. ¿Le habrá extrañado esta transformación?...
CANTALICIO. — ¡Ya he visto, señor!... ¡Ya he visto!...
HORACIO. — Con un poquito de pena, ¿no es cierto?...
CANTALICIO. — ¿Por qué? ¡Ustedes son muy dueños!
HORACIO. — Acompáñenos un rato... Le enseñaré algunas cosas.
CANTALICIO. — No puedo... Tengo que dir lejos...
VICTORIA. — ¡Qué se ha de ir con este sol!... Lo invitamos a almorzar en casa...
HORACIO. — ¡Excelente idea!... *(Muy familiarmente).* Venga, amigo viejo... Verá qué lindo le vamos dejando su campito... Vamos, vamos, pues... y no tenga pena... que esto es para bien de todos...
CANTALICIO. — Vea mocito, que no hemos dormido juntos pa que se tome tanta confianza... Ya le he dicho que tengo que dirme.
HORACIO. — Bueno, señor... Disculpe... Usted es muy dueño. Pero le aseguro que no he tenido el ánimo de ofenderlo...
CANTALICIO. — *(Mirando al campo).* Güeno... Adiosito... *(Se va casi corriendo).*
HORACIO. — *(Que lo ha seguido con la mirada).* ¡Rico tipo!... ¿Lo has visto?...
VICTORIA. — ¡Pobre hombre!...
HORACIO. — No lo hemos tratado mal, sin embargo...
PEÓN 2º — ¡Va como luz derecho al caballo!...
VICTORIA. — ¿Te parece poca mortificación la de ver desaparecer tanta cosa querida?...
HORACIO. — Estoy seguro que el hijo no piensa de igual manera... *(Viendo a los peones que han dejado de aserrar).* ¡Oh!... ¡Oh!... ¿Y ustedes por qué no siguen trabajando?...
PEÓN 2º — ¡Este!... Nos pareció oír que decían que... se iba a dejar así no más el ombú...
HORACIO. — ¿Quién ha dado semejante orden?...
PEÓN 1º — Nosotros no sabemos... pero... creíamos no más...
HORACIO. — Las pocas ganas que tienen de trabajar les hace ver visiones... ¡Adelante! ¡Adelante!
VICTORIA. — ¡Oíme, Horacio!... Vos decías hace un rato que me hallabas triste... ¿Querés que te diga la causa?...
HORACIO. — ¡A ver! ¡A ver!... Confidencias tenemos... ¿Quién es el favorecido?... ¿El novio?...
VICTORIA. — No tengo ningún novio...
HORACIO. — Es una lástima, m'hijita...
VICTORIA. — Estaba así... afectada... por el ombú...
HORACIO. — *(Risueño).* ¿Cómo? ¿Cómo?...
VICTORIA. — Me dio pena ver que lo echaban abajo... Un árbol tan viejo...
HORACIO. — ¡No oigo!... ¡Un caso perdido de romanticismo!...
VICTORIA. — *(Fastidiada).* ¡Oh!...
PEÓN 2º — Ahí debe venir el automóvil del constructor. Veo una polvareda bárbara en el alto grande...
HORACIO. — Afligirse porque se destruye una cosa inútil... ¿Viene, che?...
VICTORIA. — ¡Inútil no!...
HORACIO. — Y fea y perniciosa... ¿Te imaginás un parque a la inglesa, frente a un chalet, con semejante adefesio en medio?... Además obstruye la vista del edificio... y es sucio, hijita, muy sucio, lo inunda todo con esas flores que parecen gusanos... Se podría conservar por respeto a la tradición y quizás prestara algún servicio... si estuviese en mitad del campo... pero aquí no, ¡de ninguna manera!...

VICTORIA. — Tendrás razón... Sin embargo, es un capricho mío... y me darías un inmenso gusto si lo hicieras dejar.

HORACIO. — *(Viendo a Nicola).* ¿A qué no sabe tata, lo que me pide Victoria?... ¡Qué dejemos el ombú!...

NICOLA. — Esa porquería... Un árbol criollo que no sirve ni pa que le hagan versitos de Juan Moreira... Ya debía estar en el suelo...

HORACIO. — *(A Victoria)* ¿Has visto?...

VICTORIA. — ¡Malo!... ¡Me las vas a pagar!...

PEÓN 2º — ¿Y?... ¿Se corta o no se corta?...

NICOLA. — Métanle serrucho y déjense de zoncerías... Caramba... E don Cantalicio... ¿se ha ido?... Parece que está más mansito, ahora... Tenía un poco de mal genio antes. Era medio peleador... *(Se sienten los ruidos de un automóvil que detiene su marcha).*

HORACIO. — No crea, viejo. Se fue empacao...

NICOLA. — Es una lástima... El hijo no era malo. Ma se metió a enamorársela a ésta... y tuve que echarlo de casa...

HORACIO. — *(Jovial).* ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ya comprendo!... Conque el ombú, ¿no?... ¡Te ajustaré las cuentas, picarona!... *(Suena más intensamente el motor).*

PEÓN 2º — Ahí está la máquina...

PEÓN 1º — ¿Qué trae, che? ¿Qué pasa?...

HORACIO. — Ahora veremos quién tenía razón, viejo. ¿Cuánto jugarías vos, Victoria, a mis manos?

VICTORIA. — ¡Yo qué entiendo de eso!...

NICOLA. — Jugale la herencia a las mías y vas a ver cómo la práctica gana... Se han creído que porque han estado en la Universidad van a saber más que un viejo que se pasó la vida sobre la tierra y el arao...

CONSTRUCTOR. — *(Apresurado).* ¡Hagan el favor!... ¡Don Nicola!... ¡Horacio!... ¡Vengan un momento!...

VOCES. — ¿Qué pasa?... ¿Qué ocurre?...

CONSTRUCTOR. — ¡Traigo un herido!... ¡Un paisano viejo!...

VICTORIA. — *(Muy alarmada).* ¿Cómo?... ¿Quién?...

CONSTRUCTOR. — ¡No sé!... ¡Vengan, señores, un momento!... *(Victoria corre adelante).*

HORACIO. — *(Deteniéndola).* ¡Quedate, vos!... ¡Nada tenés que ver!...

VICTORIA. — ¡Oh!... ¡Yo voy!... *(Vanse Victoria, Horacio, Nicola y el Constructor).*

PEÓN 2º — *(Observando como los demás trabajadores).* ¡Che! Fijate... ¡Si parece don Cantalicio!...

PEÓN 1º — ¡Sí; es el mismo!...

ALBAÑIL. — No ha de venir muy mal herido cuando corcovea tanto...

PEÓN 1º — ¿Qué le habrá pasao?

PEÓN 2º — Dejuro que tu patrón lo ha llevao por delante con el aparato... Son piores que el fierro carril esas máquinas. *(Pausa).*

PEÓN 1º — ¡Mirá... che!... Se apea solo... *(Pausa).*

PEÓN 2º — ¡Oh!... Y porque esos gringos lo quedrán atajar... *(Pausa).*

ALBAÑIL. — Y porfía pa venirse... *(Pausa).*

PEÓN 1º — Ahí le sacan el poncho... *(Pausa).*

PEÓN 2º — ¡Dejuramente!... ¡Un cristiano no camina así!...

PEÓN 1º — ¡Caray!... ¿Qué le habrá pasao?

ALBAÑIL. — Lo que sea... Pero métanle, muchachos, al trabajo si no quieren llevarse un café... A nosotros... ¿qué nos importa? *(Actividad afectada de los peones).*

CANTALICIO. — *(Desde afuera aún).* ¿Por qué no me han dejao?... *(Rumor de voces).*

PEÓN 2º — ¡Mírenlo!... ¡Pobre hombre, cómo viene!...

CANTALICIO. — *(Apareciendo sin poncho, tambaleante, sostenido por Victoria y con el brazo derecho ensangrentado).* ¿No están conformes con haberme molestao en vida?... Déjenme morir en paz... Y ande se me antoje...

VICTORIA. — ¿Por qué es tan caprichoso?... ¡Aquí no tenemos nada para curarlo!... ¡Venga a casa!...

CANTALICIO. — ¡No preciso que me curen!... ¡Me viá morir!... ¡Se acabó!... ¡El criollo viejo ya no los incomodará más!... ¡Nunca más!...

NICOLA. — Atienda, don Cantalicio... La muchacha tiene razón. Nosotros no queremos dejar que un criollo se muera como un perro.

VICTORIA. — *(Alterada).* ¡Cállese, tata!... ¡Déjelo en paz!...

CANTALICIO. — Dejalo... dejalo... muchacha... Puede decir lo que quiera... ¡Es dueño del campo!... ¡Está en su casa! *(Quejándose).* No puedo más... Lleváme, m'hijita... Sos la única gringa buena... allí... al ombú... Si lo voltean antes que me muera, dejen no más que me caiga encima... *(Victoria lo conduce lentamente hacia el ombú).*

HORACIO. — *(Al constructor).* ¿Y cómo fue eso?...

CONSTRUCTOR. — Iba a todo galope y al pasar junto a la máquina el caballo dio una espantada y lo arrojó lejos... Le recogimos desmayado. Cuando volvió en sí...

HORACIO. — ¿Por qué no lo llevó a la chacra, amigo?

CONSTRUCTOR. — Si se quería tirar del automóvil al pasar por acá... Por eso me detuve...

HORACIO. — ¡Qué desgracia!... Pero no ha de ser grave, ¿verdad?...

CONSTRUCTOR. — Cuando menos algo roto. Dio contra un poste.

CANTALICIO. — *(Acomodándose entre las raíces del ombú).* ¡Dejame aquí no más, m'hijita!... Entre estas ráices que parecen brazos. Era destino de Dios que había de morir en mi mesma tapera...

NICOLA. — ¡Caramba, don Cantalicio!... ¡Usted hace mal en ser tan porfiado!...

CANTALICIO. — *(Irguiéndose).* Retiráte... ¡Gringo!...

TELÓN

ACTO CUARTO

La chacra reformada de don Nicola

La chacra primitiva de Nicola. El rancho ha sido sustituido por una construcción de material revocada y pintada —con un alero— sillas y sillones de paja bajo el alero. El viejo edificio se conserva igual, sin el palomar. En el sitio del primitivo pozo un molino a viento y en el patio un jardín reciente con un canterito en el centro. Donde estaba el abrevadero, más al fondo, parvas de trigo recién cortado en formación. Dos peones trabajan alzando horquilladas de paja. Muy temprano de la mañana.

NICOLA. — *(Saliendo con varias bolsitas de trigo).* ¡Aquí tiene las muestras!... El grano es parejito, como le decía... Yo no quiero engañarlo... No miento nunca...

ACOPIADOR. — *(Observa ligeramente el trigo).* Las conozco... Las conozco...El único trigo mezclado y sucio es el de la chacra de Rodini...

NICOLA. — No me diga... Ese es un abandonado... No le tengo ya más de medianero... Han venido unos parientes míos, ¿sabe?... y les voy a dar ese pedazo de tierra para que empiecen a trabajar... Son gente pobre, ¿me entiende?...

ACOPIADOR. — Bien; por las instrucciones que tengo podría ofrecerle cinco treinta y cinco...

NICOLA. — ¿Cosa?... ¿Cosa?... ¿Ma usted sabe lo que dice? ¿Se piensa que está tratando con gente que no entiende el oficio?... Aquí tiene *La Capital,* del Rosario, de ayer... Lea un poco. Vea esos precios...

ACOPIADOR. — Usted sabe bien que ese diario es alcista...

NICOLA. — ¿Alcista?... Alcista porque nos abre los ojos a los gringos... Y después de todo ya sabe que yo hago negocio con Soberan y si usted viene a proponerme que deje esa casa ha de ser mejorando los precios... ¿Cómo quiere que yo me cambie de cliente sin ganar nada?...

ACOPIADOR. — Bueno, señor; deme las muestras y trataré de mejorar precio... si nos conviene...

NICOLA. — Como le parezca... Que le vaya bien...

HORACIO. — ¿Qué decía ése?...

NICOLA. — Figurate qué zonzería... Ofrece cinco treinta y cinco... Se ha pensado que nosotros nos chupamos el dedo de la mano.

HORACIO. — Si me lo larga a mí, pronto lo arreglo...

NICOLA. — ¡Oh!... ¡Yo también lo mandé bien arreglado!

HORACIO. — ¿Y la trilladora empezó?

NICOLA. — La máquina ha llegado ya... Pero no puede comenzar todavía porque le falta el encargado..., que dice que se quedó con el birloche en la chacra de Baranda... Se espera que venga...

HORACIO. — ¿Me ataron el tílburi?

NICOLA. — Sí; creo que sí. Pero no te vayas a ir, que tengo que decirte una cosa... Vos sabés muy bien que el constructor se anda enamorando de Victoria... La muchacha ya es grande y tiene que casarse... Anoche el mozo me habló de la cosa... y yo le contesté que iba a pensar el negocio...

HORACIO. — ¿Sabe usted si Victoria le lleva el apunte?...

NICOLA. — ¡Qué voy a saber yo!... Me he fijao, sí..., y me parece que la muchacha le dispara... nunca andan juntos.

HORACIO. — ¡Si es así, ni qué hablar!... Ese asunto no lo resuelve nadie mejor que ella misma... Consúltela usted...

NICOLA. — ¡Ah!... ¡No!... A mi me da... me da vergüenza hablar de esas cosas con la hija...

HORACIO. — ¡Vergüenza!... ¡Qué rica cosa!... Entonces se lo preguntaré luego o mañana...

NICOLA. — ¡Qué esperanza!... El otro me ha demandado la contestación para hoy antes de irse al Rosario... El constructor es buena persona, ¿eh?

HORACIO. — Se lo preguntaré en seguida... Pero le advierto que esas cosas no deben tratarse así... como un arrendamiento o como una venta...

NICOLA. — No digo eso... ma si la muchacha le gusta... ¡No hay para qué andar con tanto firulete!...

HORACIO. — ¿Dónde andará Victoria?

MARÍA. — *(Saliendo con una bolsa de galleta en la mano).* ¿Victoria?... Debe andar con el viejo... con ese viejo... con ese viejo criollo..., curándole el brazo roto... No sé deveras para qué habrán traído en casa esa roba de gente... Luiggini... ¡Oh!... ¡Luiggini!... Para trabajo no más... Son un mes y medio que lo estamos cuidando y gastando la plata con el médico y el boticario... *(Impaciente).* ¡Luiggini!... ¡Luiggi...iin!...

LUIGGÍN. — ¿Qué hay?...

MARÍA. — Cuando la madre lo llama se viene pronto, ¿sabe?... Agarrá esa bolsa de galleta y llevala a los piones del bajo... Se podía haber quedado en su casa... e no venir a embromar a las familias... Y esa Victoria que se pasa el día y la noche con el hombre como si fuera el propio padre... y no hace lo que tiene que hacer... y deja que una mujer vieja tenga que andarse incomodando y cargando bolsas de galleta... *(Le coloca la bolsa sobre las espaldas del chico, que se va agobiado por el peso. Aparece por la derecha Cantalicio con el brazo amputado).*

HORACIO. — Haga el favor, mamá, de no hablar así... ¡Parece que no tuviera sentimientos!...

MARÍA. — Tengo sentimientos, tengo... Y no deseo mal de nadie... Pero es verdad lo que digo... Qué nos precisaba tener en casa, ahora que hay tanto trabajo con la trilla, a un hombre enfermo que no sirve más que para incomodar... Dejame hablar, te he dicho. Si queríamos protegerlo al povero diavolo lo hubiésemos mandado al pueblo, a la fonda... Se pagaba lo que era... y se acabó... Sin embargo lo tenemos en casa y son dos trabajos... sobre todo porque la muchacha no hace nada por cuidarlo...

CANTALICIO. — ¡Don Horacio! *(Sorpresa).* Si me hace un favor..., el último que viá pedirle: empriésteme un birloche pa dirme al pueblo... y un pión también, porque con esta manquera, ¡maldita sea!, no viá poder manejarlo...

HORACIO. — ¿Y por qué se va?... No está sano aún...

CANTALICIO. — Porque no soy sobra de naides... Bastante he incomodado ya...

NICOLA. — *(A María).* Camina pa dentro si no querés que te pegue una trompada aquí mismo... Siempre has de hacer zoncerías... Vieja loca...

MARÍA. — ¡Lo que he dicho lo he dicho!... Y tengo razón... ¡Qué demonio!...

HORACIO. — No; used no puede tomar en serio esas cosas. Ella misma lo aprecia... Estaría alunada... ¡Hablaba por hablar!...

CANTALICIO. — ¡No hable más, don Horacio!... Yo sé que usted es muy güeno... casi tan güeno como su hermana..., pero "esos otros" me tienen tirria... no me pueden querer bien... me voy, me voy...

NICOLA. — Mire, don Cantalicio... Usted sabe bien que yo no engaño nunca a las personas... nunca, ¿eh?... Bueno. Yo le digo que soy su amigo... E le doy esta mano de amigo, ¿sabe? *(Se la extiende).*

CANTALICIO. — Mire, don... Ya no tengo con qué apretarle los cinco... Me la han cortao... Y la del corazón... Disculpe... pero no es para usté... *(A Horacio).* ¡Me hace aprontar el birloche, por favor!...

NICOLA. — *(Sacando la ceniza de la pipa).* Bueno... Está bien... haga lo que quiera. *(Se va).*

HORACIO. — Comprendo su delicadeza, don Cantalicio... Sin embargo, no tiene derecho...

CANTALICIO. — Derecho, no; obligación... ¿Me hace aprontar el birloche?... ¡De no!...

HORACIO. — Venga acá... Siéntese... y razonemos... Voy a traerle un sillón... *(Sale Victoria).*

HORACIO. — Llegas a tiempo para ayudarme a convencer a don Cantalicio... ¡Quiere alzar el vuelo!...

VICTORIA. — ¿Qué es eso?...

CANTALICIO. — *(Tristemente).* ¡Sí, hijita!... Como los caranchos... comen y a las nubes...

VICTORIA. — ¡Eso será si lo dejo!... Usted es mío, viejo.

CANTALICIO. — Gracias... Como estoy con el pie en el estribo, les hablaré parao... Ustedes son una yunta de güenos muchachos... Esta... un alma de Dios... Sé muy bien que han tenido lástima... *(Protestas);* sí, lástima del pobre viejo criollo... Me recogieron lisiao... pa curarme... pero les pasó como a esos muchachos en el pueblo que llevan a su casa un perro sarnoso que se han encontrao y dispués resulta que los padres se lo echan a patadas puerta ajuera!...

HORACIO. — *(Afectado).* ¡Oh!... ¡No!... ¡No!... ¡Le juro... que!...

CANTALICIO. — Les he dicho todo lo que tenía que decir y me voy... No crean que soy un mal agradecido... Por otro lao ya les había anunciao que nunca me resolvería a vivir entre gringos...

HORACIO. — ¿Pero somos gringos nosotros?...

CANTALICIO. — No; pero lo son los otros... Y no hablemos más, don Horacio... Le declaro que si ahora mismo no me hace llevar al pueblo, me marcho a pie... ¡Palabra de hombre y de criollo!...

HORACIO. — Si es así... no habrá más remedio... Lo acompañaré yo...

CANTALICIO. — Que sea en seguida...

HORACIO. — *(Después de una pausa).* Voy a preparar el coche. *(Victoria se echa a llorar, ocultando la cara en las faldas).*

CANTALICIO. — ¿Qué es eso, hijita?... ¿Quiere hacerme llorar a mí también... ¡Le aseguro!... Si me voy es porque me han echao... Ya me estaba aquerenciando aquí... con sus cuidaos...

VICTORIA. — *(Sin alzar la cabeza).* ¡Mentira!... ¡Nadie lo echa!... Usted se va porque no me quiere...

CANTALICIO. — ¡Mucho... pero mucho!... ¿Cómo no había de quererte?... Si sos tan güena... Vamos, alce esa cabeza... Deme un beso y adiosito... *(La alza).*

VICTORIA. — *(Echándosele al cuello).* ¡Tata!... ¡Tatita!... Usted no puede irse... No se vaya... ¡No me deje sola!... ¡Porque yo me muero!...

CANTALICIO. — ¿Tata?... ¡Oh!...

VICTORIA. — ¡Tata!... ¡Sí!... Usted es mi otro padre...

CANTALICIO. — ¡Me lo vas a hacer creer, muchacha!...

VICTORIA. — ¡Es verdad! Por eso usted no puede irse...
CANTALICIO. — Si hablás claro...
VICTORIA. — *(Serena ya)*. ¿Me promete quedarse?...
CANTALICIO. — ¡Eso no!... Perdoname, pero...
VICTORIA. — Entonces, siéntese un ratito... *(Se sientan)*. Diga... ¿Usted no me había dicho que estaría muy contento si yo me casara con Próspero... y le diera muchos nietecitos?...
CANTALICIO. — ¡Ya lo creo!... Pero se me hace muy difícil... ¡Imposible!... De tu parte claro está que no... Los viejos, es la cosa...
VICTORIA. — Bueno; por eso mismo es que quiero que no se vaya...
CANTALICIO. — ¿Pa convencer a los gringos? ¡Ah! ¡No, hijita!... ¡Ah!... ¡No, hijita!... Eso sería como querer contar las estrellas. Nunca se cuentan y le salen berrugas a uno en los dedos...
VICTORIA. — Es que usted me puede ayudar de otra manera...
CANTALICIO. — ¡No sé cómo!
VICTORIA. — Mire. A mí no me hacen casar con ningún otro. Me andan metiendo por los ojos al constructor y hasta creo que ya habló con tata el individuo... pero yo primero me escapo...
CANTALICIO. — ¿Y ande vas a ir?...
VICTORIA. — Me iría con usted... o qué sé yo...
LUIGGÍN. — Manda decir Horacio que el tílburi está pronto... Que si siempre piensa irse...
CANTALICIO. — ¡En seguida!... Alcanzame el poncho, m'hija... y adiosito... *(Se incorpora)*.
VICTORIA. — ¡No! ¡No! ¡No! Me va a hacer llorar otra vez... Quédese quieto... ¡Si usted supiera!... ¡Lo necesito mucho!...
CANTALICIO. — Dejame... Es mejor que me vaya...
VICTORIA. — *(A Luiggín)*. Decile que ya no se va... ¡Corré!... *(Luiggín hace mutis)*.
VICTORIA. — ¡Si yo le contara una cosa!... ¡No se mueva!...
CANTALICIO. — Dejate de historias y alcanzame el poncho.
VICTORIA. — Es que es muy serio... ¡Tata!...
CANTALICIO. — *(Impaciente)*. Bueno. Contalo de una vez. ¡Y se acabó!
VICTORIA. — Es que... ¡Ja... ja!... Me da risa... y me da vergüenza... *(Mirando en derredor)*. Si quiero... se lo digo en el oído...
CANTALICIO. — Pero tapate la cara si es tan feo... *(Victoria, después de un instante de vacilación, le habla al oído)*.
CANTALICIO. — *(Alzándose)*. ¿Vos?...
VICTORIA. — *(Que se ha quedado muy avergonzada, hace una señal de asentimiento)*.
CANTALICIO. — ¡Ave María Purísima!...
VICTORIA. — Fue en el Rosario... Mamá estaba en el hotel enferma... Próspero iba a verme y... ¡Por eso quiero que no se vaya!... Mañana —esto tiene que saberse— me descubren y si no disparo, los viejos son capaces de matarme.
CANTALICIO. — ¡Pobrecita!... ¿Y ese bandido fue capaz de?...
VICTORIA. — Bandido, ¿por qué?... ¡Pobre!...
CANTALICIO. — ¡Hija de mi alma! ¡Dame un abrazo!... ¡Así!... ¡Ahora comprendo por qué mientras estaba enfermo me hablabas tanto de los nietitos!... ¡Hijita querida! *(La estrecha)*.
PRÓSPERO. — *(Que ha salido un momento antes)*. — ¡Bravo! ¡Así me gusta!... ¡Bravo! ¡Bravo!...
CANTALICIO. — ¡Próspero!... *(Cae uno en brazos del otro)*. Disculpá, hijo, si no puedo abrazarte bien... Es la primera vez que echo de menos el pedazo este...
PRÓSPERO. — ¡Oh!... ¿Qué ha sido esto?...
CANTALICIO. — No te ocupés de mí, hijo... Ya lo sabrás... Andá y saludá a la gente...
PRÓSPERO. — ¡Perdóname, Victoria... *(Le toma las manos)*. ¿Cómo estás?...
CANTALICIO. — ¡Abrácense!... ¡Si están deseándolo y no son mancos... como yo! *(Se abrazan)*.
MARÍA. — ¡Ah! ¡Porcachona!... ¡Sinvergüenza!... ¡Yo te voy a enseñar!... ¡Bandida!... ¿Qué estás haciendo? *(Corre hacia Victoria, que va a refugiarse, asustada, junto a Cantalicio. Próspero se interpone)*. Me la vas a pagar... Te voy a encajar tres palizas... ¡Indecente!... Ahora verás cómo te arreglo. Andá para

adentro ya... ¡Ah!... ¿No querés irte?... *(Llamando).* ¡Oh!... ¡Nicola! ¡Nicola!... ¡Véngase pronto!... que hay un asunto... aquí... ¡Nicola!... *(Con rabia).* ¡Nicola!... Vení un poco... que la he encontrado a Victoria con un hombre, como la vez pasada. *(Volviéndose).* ¡Sinvergüenza!... Mala hija!... *(Reconociéndolo recién a Próspero).* ¡Madona! ¡Si había sido el compadrito criollo! ¡Ah! ¡Eso sí que no!... *(Llamando).* ¡Nicola!... Vení pronto...

NICOLA. — Cosa te sucede... para estar gritando y gritando como un potrillo...

MARÍA. — Figurate que venía del patio y me la encuentro otra vez a esta sinvergüenza abrazada con un hombre...

NICOLA. — ¿Cómo, Victorina?

MARÍA. — Igual que la vez pasada...

NICOLA. — ¿Qué significa eso?... ¡Caramba!...

PRÓSPERO. — Significa que... aun cuando el momento no es aparente ni tenía tal propósito inmediato, la oportuna intervención de esta señora me obliga a pedirle la mano de su hija...

NICOLA. — ¿Otra vez?... ¿Pero qué se ha pensado usted... ma diga un poco?...

CANTALICIO. — Cualquier día van a poder negársela...

MARÍA. — ¡No faltaba otra cosa!... Con el novio que le ha salido ahora... un constructor... que darla a ese criollo...

NICOLA. — Vos... callesé y no grite... Usted, mocito, me va a decir primero qué cosa ha venido a hacer aquí a esta casa...

PRÓSPERO. — Soy el encargado de la trilladora... señor.

MARÍA. — Eso es una mentira.

NICOLA. — Usted callate, te he dicho... *(A Próspero).* Bueno, y entonces por qué no está allá, allá en su trabajo, da la máquina? ¿Eh?...

HORACIO. — ¿Qué pasa aquí?... ¡Hola, amigazo!... ¡Cómo le va!... Se resolvió venir... Ahí lo tiene a su viejo... Se lo hemos embargado.

NICOLA. — ¡Ah! ¡Es verdad que eran amigos, ustedes!... Pero ¿sabes vos lo que éste estaba haciendo con la muchacha? ¿Eh?...

MARÍA. — La abrazaba... La abrazaba...

HORACIO. — Eso sí que es grave... ¿Y ella?...

MARÍA. — ¡E la sinvergüenza también! ¡Yo los pillé!...

HORACIO. — Caramba... Caramba... *(A Victoria).* Vení acá, vos... mosquita muerta... ¿Con que esos habían sido los romanticismos?... ¿Es tu novio?...

VICTORIA. — *(Confundida).* ¡Sí!...

HORACIO. — Entonces, viejo... No hay que hablar...

NICOLA. — ¡Eh!... Si vos te pensás que el muchacho vale la pena y a ella le gusta... a mí no me importa... Con tal de que sea trabajador...

PRÓSPERO. — Gracias, Horacio...

HORACIO. — Ahí la tenés a Victoria... Supongo, Próspero, que nos harás gratis la trilla... Y usted, viejo..., ¿se reconcilia ahora con los gringos?...

CANTALICIO. — Con los gringos... en la perra vida... ¡Con la gringa y gracias!...

HORACIO. — ¡Mire qué linda pareja!... Hija de gringos puros... hijo de criollos puros... De ahí va a salir la raza fuerte del porvenir...

PRÓSPERO. — Se está elaborando... Otro abrazo, viejo...

CANTALICIO. — *(Aparte).* Qué se ha de estar elaborando, zonzo... Ya está...

PRÓSPERO. — ¿Sí?... *(Corre hacia ella).* ¡Vida, vida mía! *(La besa en la frente. Movimiento de estupefacción. Suena en ese instante una larga pitada).* La trilladora empieza...

NICOLA. — *(Apartando a Próspero).* Bueno, mozo... ¡A trabajar!... ¡A trabajar!...

TELÓN

La unión de los inmigrantes con los criollos para formar la nueva nación uruguaya es la tesis que en "La gringa" desarrolló Florencio Sánchez, preanunciando con vivacidad y verdad el futuro de su país.



Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Diciembre de 1968.